

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

LUISA LATEAU, UNA MARAVILLA VIVIENTE

LIMA – PERÚ

LUISA LATEAU, UNA MARAVILLA VIVIENTE

Nihil Obstat
P. Ignacio Reinares
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

ÁNGEL PEÑA O.A.R.
LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Sus padres. Su infancia.
Primera comunión.
Luisa empleada.
Epidemia del cólera.
Sus enfermedades.
Su pureza angelical.
Espíritu de reparación.
El diablo.
La comunión de los santos.
Dones sobrenaturales: a) Las llagas.
1.- Investigación eclesial.
b) Éxtasis. c) Movimientos sobrenaturales.
d) Llamadas. e) Hierognosis.
f) Sin comer y sin dormir.
1.- Investigación médica.
g) Levitación y profecía.
La comunión.
Su muerte.

REFLEXIONES.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

Luisa Lateau es una maravilla viviente, porque durante doce años y medio no comió ni bebió. Vivió de la comunión de cada día; y estuvo quince años sin dormir en absoluto. Otros fenómenos sobrenaturales, que se manifestaron en su vida, fueron las llagas de Cristo, la hierognosis o conocimiento de lo que estaba bendecido, así como el discernimiento de las reliquias auténticas, pero sólo mientras estaba en éxtasis.

Algo que no se podía explicar humanamente eran los movimientos que hacía durante los éxtasis, fuera de toda ley natural; así como obedecer a los legítimos Superiores y regresar del éxtasis siempre que ellos la llamaban. Por otra parte, tuvo el don de profecía, de levitación, de conocimiento sobrenatural...

Su vida la ofreció al Señor por la conversión de los pecadores, a la vez que era un ofrecimiento permanente para expiar y reparar los pecados cometidos, especialmente contra Dios, la Iglesia y el Papa.

Sus fenómenos sobrenaturales fueron estudiados por una Comisión eclesiástica nombrada por el obispo, y por otra Comisión de médicos de la Academia Real de Medicina de Bélgica, su patria. Todos ellos concluyeron, en mayoría, que esos fenómenos no podían ser explicados naturalmente.

Alabamos a Dios por su vida de santidad, que nos confirma en la verdad de nuestra fe católica. Que por su intercesión Dios nos conceda sentirnos orgullosos de ser católicos y vivir nuestra fe en plenitud.

Nota.- La principal fuente de información para esta biografía la hemos tomado de los cinco tomos del padre Thiery, que recibió los cuadernos manuscritos sobre la vida de Luisa, que habían escrito el párroco, padre Niels, y el padre Serafín. También ha sido importante la información científica proporcionada por el doctor Fernando Lefebvre, médico y profesor de la universidad católica de Lovaina, en su libro *Louise Lateau de Bois-d'Haine. Sa vie, ses extases, ses stigmates; étude médicale*, escrito en 1873.

SUS PADRES

Su padre se llamaba Gregorio Lateau. Había sido huérfano, educado por la municipalidad de Mons. En su acta de nacimiento se dice: *El año 1819, el 22 del mes de marzo, nació Gregorio Latteau, hijo de padres desconocidos.* Había sido encontrado entre unas tablas (en francés latte) y de ahí le pusieron el apellido Latteau, derivado de latte. Después perdió una t y quedó Lateau.

En su adolescencia trabajó de panadero en casa de un tal Friart que vivía en Roeulx. En 1843, con 24 años, se dirigió a Fay-lez-Seneffe y trabajó como laminador en casa de la familia Dupont. Allí encontró a Adela Pissens, siete años mayor que él, una joven analfabeta empleada de la casa, y se casó con ella.

Ambos eran muy pobres y no tenían nada propio. Felizmente, Adela recibió de la anterior ama, la señora Teresa Philippe, un cuarto de hectárea de tierra.

Al casarse, vendieron ese terreno para hacerse una casita propia cerca de donde trabajaba Gregorio. Tuvieron tres hijas: Adelina, Rosina y Luisa. En 1849, poco antes del nacimiento de Luisa, Gregorio con su esposa, trabajando fuera de las horas de su trabajo ordinario, consiguieron construir con adobes una casita reducida, pero segura, de unos 50 metros cuadrados. Eran pobres, pero honrados, trabajadores y buenos cristianos.

Su padre murió el 18 de abril de 1850 a los dos meses del nacimiento de Luisa. Tenía 28 años. Fue enterrado en el cementerio del pueblo. En 1868, dieciocho años después, Luisa vio a su padre que subía al cielo. Su madre murió el 21 de mayo de 1874. Luisa la cuidó personalmente con todo cariño. Antes de morir su madre, consiguió que se comprometiera en la Tercera Orden franciscana, a la que ella pertenecía, para estar así en el cielo en la misma familia religiosa. En los últimos momentos le hizo repetir: *Jesús, María y José, os doy el corazón y el alma mía.* Y, repitiendo estas palabras, su madre murió. Al día siguiente, Luisa, durante un éxtasis, vio una luz muy intensa y sintió que era su madre que volaba ya al cielo.

SU INFANCIA

Ana Luisa nació en Bois-D'Haine, un pueblecito de la provincia de Hainaut, en Bélgica, el 29 de enero de 1850. Fue bautizada al día siguiente por el párroco del lugar, padre Masure. Le pusieron por nombre Ana, porque en la región había mucha devoción a santa Ana, la madre de la Virgen María. Pero la

costumbre del lugar era llamarse por el segundo nombre. Por eso, toda la vida fue conocida como Luisa. Ella siempre consideró como sus patronos a san Luis, rey de Francia, y a san Luis Gonzaga.

Con relación a santa Ana, la patrona de las costureras, también le tomó especial cariño, porque ella y sus hermanas fueron costureras. Hacía tiempo que en el pueblo no celebraban la misa en honor de santa Ana el día de su fiesta. Luisa y sus hermanas quisieron celebrarla todos los años. El primer año, el párroco, sabiendo que eran de familia pobre, no quiso cobrarles nada y les devolvió el dinero. Hasta su muerte, Luisa y sus hermanas celebraron la fiesta de santa Ana todos los años el 26 de julio con mucha devoción.

Al nacer Luisa, su madre estuvo en gran peligro de muerte y, como consecuencia, hubo de guardar cama durante un año y medio para restablecerse. Gregorio debía cuidar de su esposa enferma y de sus tres hijas. Pero muy pronto cayó él mismo enfermo de viruelas y, a los dos meses y medio del nacimiento de Luisa, murió, dejando a su familia en el mayor desamparo, humanamente hablando.

Luisa se contagió también de viruelas. La única que podía ayudar algo era Rosina, que tenía unos seis años, pues Adelina era demasiado pequeña y la mamá era incapaz de ayudar a causa de su propia enfermedad. Pasaron días de hambre y Luisa estaba al borde de la muerte. Rosina la dejó dos días sin cambiarle los pañales. Luisa había sido envuelta en harina de lino según prescripción médica, pero al no recibir atención ni alimento durante dos días, estaba ya al borde del sepulcro. Ninguno de los vecinos parecía darse cuenta de la situación desesperada de la familia o quizás no querían acercarse para no contagiarse. Felizmente la Providencia de Dios permitió que un lejano familiar, llamado Francisco Delalieu, pasara por allí y entró a visitarlos, encontrando el triste panorama.

Se sintió conmovido, se apresuró a cambiar los pañales a Luisa y fue a comprar algo de leche para ella. Procuró cuidar a la mamá enferma y avisó a los vecinos para que fueran en su ayuda. Les trajo a todos de comer y la vida comenzó a sonreír en aquella casa donde reinaba la tristeza y adonde se acercaba la muerte. Francisco fue un verdadero buen samaritano y un verdadero salvador de la familia en aquellas circunstancias, pues las Lateau debieron vivir de limosnas durante todo el tiempo que la mamá estuvo en cama.

Luisa se curó totalmente a los pocos días, pero la mamá estuvo todavía cerca de un año y medio más en cama, incapaz de trabajar, aunque no se quejaba

y agradecía amablemente a todos sus bienhechores, haciendo rezar a sus hijas por ellos.

Otro hecho, que podría haber tenido fatales consecuencias, sucedió al año y medio de vida de Luisa. Su padre había dejado una deuda de 400 francos por los materiales adquiridos para construir la casita. Para pagar esta deuda, la mamá debió conceder a los acreedores el permiso para sacar de su terreno la tierra necesaria para hacer adobes.

El trabajo de extracción de tierra estaba casi terminado en junio de 1851. Como habían hecho excavaciones, habían quedado pozos que, con las lluvias, se llenaban de agua. El día 25 de junio de 1851, Luisa se acercó a uno de esos pozos, se resbaló en el borde y se cayó al agua. El pozo era bastante profundo para ella. Rosina se dio cuenta y fue corriendo a avisar a la mamá, quien saltó de la cama como pudo y se metió al agua para sacarla. Luisa estaba casi ahogada y no daba señales de vida. Su madre la colocó cabeza abajo para que saliera el agua, lo que pudo haber tenido consecuencias fatales. Gracias a Dios, Luisa se reanimó poco a poco. Era el día de la degollación de san Juan Bautista, a quien la mamá tenía mucha devoción por ser el patrono de la parroquia. Por eso, mandó a Rosina a la iglesia a agradecer al santo por la vida de Luisa, quien toda la vida tuvo un agradecimiento especial a este santo.

Cuando su madre se restableció por completo, se dedicó a trabajar para no depender de la caridad de la gente. Cuando regresaba al caer de la tarde, sus tres hijas la esperaban con la esperanza de recibir algo de comer. ¡Cuánto sufrieron de hambre y de frío! Les faltaba hasta lo más indispensable para vivir, pero Dios velaba por ellas y no las dejaba desamparadas. Y en aquella casa pobre, se oraba con fervor y Dios se hacía sentir.

Su madre les enseñó las oraciones del padrenuestro, el avemaría, el gloria, las letanías de la Virgen y algunas otras oraciones para rezarlas por la mañana o por la tarde. También les enseñó a repetir jaculatorias y les decía: *Hijas mías, pidamos perdón a Dios por nuestros pecados y preparémonos para presentarnos en su presencia, pues podríamos morir esta noche*¹.

Luisa, desde muy niña, sintió inclinación a la oración y a las cosas de Dios. Cuando veía venir por el campo al párroco, padre Masure, que ya era anciano y murió en 1862, acudía a saludarlo y le pedía de rodillas que le diera la bendición. Él fue quien la preparó para su primera comunión y siempre le guardó una especial veneración, al igual que a todos los sacerdotes.

¹ Thierry, *Louise Lateau*, vol 1, Louvain, 1915, p. 103.

Cuando Luisa tenía ocho años estuvo en casa de una mujer anciana de 80 años, a quien cuidaba día y noche, haciendo todos los servicios de la casa con mucha destreza. La pobre anciana estaba feliz de sus cuidados y para recompensarla le decía: *Vamos, hija mía, a rezar el rosario en voz alta*. La anciana se llamaba Rosa Luisa Hamaide y murió el 14 de marzo de 1858. Luisa sintió su muerte, pues la llegó a querer mucho.

Después se quedó en casa con Adelina, mientras su madre iba todo el día a trabajar fuera y su hermana Rosina aprendía el oficio de costurera, que Luisa y Adelina también aprenderían después.

En la casa cuidaba de la cabra, ponía estiércol en el jardín, iba a traer el agua y hacía otras labores propias del hogar como limpiar, cocinar, barrer, lavar. Cuando había algún enfermo de cuidado en la vecindad, la llamaban a ella. Un padre de familia, a cuyo hijo de 12 años, que había tenido unas llagas terribles, había cuidado, decía: *No hay nadie en el mundo para cuidar enfermos como lo hace Luisa todos los días*².

PRIMERA COMUNIÓN

Luisa era de estatura un poco menos que la media. Tenía un aspecto muy agradable, con su cara redonda, sus cabellos rubios, ojos azules, limpios y claros, boca pequeña y dientes muy blancos. Su mirar era transparente y le gustaba la soledad y el silencio, a la vez que era alegre e inteligente. Desde niña le gustaba repetir los nombres de Jesús y de María.

A los siete años hizo su primera confesión. Entre sus pecados, nos dirá que se confesó de no haber obedecido siempre a su madre cuando le prohibía jugar, aunque su madre dirá que siempre le había obedecido.

Para prepararse a la primera comunión asistió siete meses a la escuela, donde un maestro negligente y poco apto le enseñó un poco a leer en libros escritos a imprenta, pero no aprendió a leer lo escrito a mano. A escribir tuvo que aprender ocho años más tarde y con poca ortografía. Pero, como era inteligente, aprendió de memoria el texto del catecismo para su primera comunión. Antes del día de su primera comunión, el Señor le dio a entender por medio de locuciones interiores que debía prepararse bien para hacer su primera comunión³.

² Thiery, vol 1, p. 134.

³ Interrogatorio a Luisa del 4 de enero de 1877.

Sobre la víspera de su primera comunión dirá: *Durante la noche me venía el pensamiento de pedir a la Virgen María que tomara mi corazón y pusiera el suyo en lugar del mío. Yo no sé si fui escuchada, pero, desde entonces, no he tenido temor y todavía continúo haciendo la misma petición*⁴.

Hizo su primera comunión en 1861 con once años, cuando lo normal era hacerla con doce. Ese día hizo a Dios la promesa de ser siempre una buena cristiana. También hizo con sus compañeros la renovación de las promesas del bautismo y la consagración a la Virgen María como era costumbre.

Dios le hizo entender ese día que la comunión era alimento para el cuerpo y para el alma, pues ese día, aunque le insistieron, no pudo comer ni beber nada. La comunión, como una savia vivificante, la había dejado totalmente saciada. Y, a pesar de no comer nada, estaba tan alegre, sana y fuerte, que no quisieron exigirle. Ella no se había preocupado del vestido blanco o de otros adornos por ser pobres. Lo que más le incomodó fueron sus nuevos zapatos, pues estaba acostumbrada a los zuecos de todos los días.

Desde su primera comunión comenzó a sentir horror al pecado venial. Y decía: *Comprendo cuán grande debe ser el pecado mortal, cuando yo siento tan grande en mí el pecado venial. Siempre he tenido horror del pecado mortal, pero desde entonces sentía este mismo horror ante el pecado venial*⁵.

También desde ese día se sintió más inclinada a sufrir por los demás y a rezar por las almas del purgatorio, yendo al cementerio a orar, especialmente por el alma de su padre.

LUISA EMPLEADA

La costumbre era que, después de la primera comunión, se hiciera trabajar a los niños en trabajos remunerados. Luisa, al día siguiente de su primera comunión, fue enviada a trabajar a casa de un granjero llamado Constant Balasse; pero, poco después, su madre la colocó de empleada en otra granja situada en Manage, en casa de una viuda llamada Barbe Teresa Pissens, viuda de Coulon, que tenía 78 años y era tía abuela de Luisa. Hacía las labores de la casa con asiduidad y los viernes iba a vender algunos productos de la granja al mercado de Fayt, que era el centro de aprovisionamiento de la región.

⁴ Didry-Wallemaq, *Louise Lateau*, tercera edición, Warny Ed., Louvain, 1947, p. 25.

⁵ Van Looy, *Louise Lateau*, Ed. Casterman, Tournai, 1877, p. 23.

Uno de sus trabajos era llevar a pastar las vacas a la pradera. Y allí en la pradera, después de tejer un rato, se dedicaba a la oración, sintiéndose feliz de hablar con Dios en la soledad de los campos. Ella deseaba comulgar frecuentemente, pero sólo le dieron permiso para hacerlo una vez al mes.

Dos años después de su primera comunión, recibió la confirmación de manos del obispo de Tournai, Monseñor Labis, por quien siempre sintió un afecto especial, rezando por él. Después que murió este obispo, ella lo vio, en una aparición, glorioso y sonriente, pidiendo a Dios la protección para su diócesis.

En agosto de 1863 Luisa llevó un día a pastar las tres vacas de la granja. Tenían que pasar por un puente estrecho. Hizo pasar a las dos primeras y ella pasó después. Al pasar ella, la vaca delantera tiró de repente el ronzal y la hizo caer pasándole la tercera vaca por encima y pisándole el costado derecho, quedando gravemente herida. Toda su vida se resintió de este accidente, pues caminó ladeándose a la derecha, por tener en la espalda derecha una pequeña deformación. No quiso decir nada, pero su madre al verla debilitarse, la cambió de casa, entrando al servicio de la señora Defresne en la ciudad de Bruselas. La señora le tomó mucho cariño, pero después de sólo dos meses de estar con ella, Luisa quedó agotada. La herida no se curaba y tuvo un absceso en la axila, debiendo regresar a casa.

Durante el corto tiempo que estuvo en Bruselas, obtuvo el permiso de comulgar cada 15 días, aunque allí sólo pudo comulgar dos veces. Regresó a casa en octubre de 1863 y el mal se agravó. Después de cuidarse durante un mes y medio, ya estaba bastante recuperada, aunque su curación total sólo llegó en marzo del año siguiente.

Cuando se recuperó, empezó a ir a la iglesia y a comulgar cada 15 días. En la primavera de 1864 entró a trabajar en la granja Camberlin de Manage, donde le aseguraron que cada semana podía ir a la misa y a los oficios de los domingos.

En esta casa recibió injustos reproches del dueño, que era muy impaciente y quería que todo estuviera listo al momento. Mientras que los otros trabajadores se disgustaban, Luisa siempre estuvo tranquila con una paciencia heroica. Decía que hubiera querido que la injuriara mucho más para poderle ofrecer al Señor aquel sacrificio.

Dejó esta casa en agosto de 1864, pues su madre quiso que trabajara con ella, mientras sus dos hermanas se ganaban la vida en casa trabajando de

costureras. Pero en 1865 Rosina se fue a Bruselas a trabajar en casa del señor Gilmont-Dupont, yerno del industrial en cuya casa habían trabajado sus padres. Luisa debió quedarse en casa para reemplazar a Rosina en los trabajos de costura.

Las tres hermanas habían aprendido el oficio de costureras y tenían un mejor nivel de vida, pudiendo ayudar más a los pobres y enfermos de la vecindad. Luisa se preocupaba de modo especial de atender a los enfermos, sobre todo si estaban graves y con enfermedades repugnantes, que nadie quería cuidar.

EPIDEMIA DEL CÓLERA

El 16 de julio de 1866 murió en el pueblo la primera víctima del cólera. Era un obrero llamado Francisco Delteur. A continuación, otros fueron contagiados. El párroco, padre Niels, se prodigó atendiendo a todos con singular piedad y heroísmo, mientras que muchos familiares huían para no contagiarse. No pudiendo él solo atender a los enfermos en los cuidados más elementales, pidió la ayuda de Luisa, pues ya conocía su carisma de cuidar enfermos.

El párroco fue a su casa para pedirle permiso a su madre, que no quería por ningún motivo exponer a su hija a semejante peligro de muerte, cuidando a los contagiados.

Luisa sufrió mucho ante esta negativa, pero respetó la decisión de su madre, pidiendo ayuda al Señor. Finalmente su madre accedió, confiando en que Dios era poderoso para protegerla al ayudar al párroco como representante de Dios.

Inmediatamente, Luisa se puso a la obra, visitando a los enfermos y atendiéndolos en sus más imperiosas necesidades. Entre ellos hubo dos niños de 3 y 9 años, hijos del sillero, que murieron el 8 y el 18 de agosto respectivamente. En otra casa murió un pastor y su esposa en el lapso de pocas horas. Luisa se encontraba sola en la casa donde no había nadie más, pues sus hijos habían abandonado la casa. Para colocarlos en el féretro tuvo que pedir la ayuda de Adelina. Como no podían llevar entre las dos los cuerpos al cementerio, fueron ayudadas por el sillero, cuyos dos hijos habían muerto.

Tres días después, falleció María Teresa Bonnenge. Su esposo estaba grave y el carpintero, pensando que moriría después, hizo dos ataúdes y los entregó a Luisa sin entrar en la casa, pero el carpintero y su esposa fueron contagiados y ambos murieron, mientras que el esposo de María Teresa sanó y quedó su ataúd libre para el carpintero.

En el pueblo de Bois D'Haine, en tres meses, hubo 14 muertos. Luisa había cuidado a diez de ellos. Pero muchos de los cuidados por ella fueron curados. Luisa seguía estrictamente los consejos médicos y, cada vez que llegaba a su casa, se cambiaba de ropa para lavarla cuanto antes.

Y no sólo no se contagió, sino que tuvo salud y fuerzas suficientes para todo. Cuando pasó el cólera, Luisa pasó una oscuridad espiritual. No sentía gusto por la oración y lo atribuyó a su negligencia; pero, a pesar de sus esfuerzos, todo era inútil. Nos dice: *Yo creía que Dios me había abandonado a causa de mis pecados. Este estado me duró unos tres meses*⁶.

Después de estos tres meses de oscuridad, volvió la luz y comenzó a sentir el gusto por la oración contemplativa. Esta oración de contemplación comenzó en ella, propiamente, desde los últimos meses de 1866 y con ella comenzó a sentir un hambre cada día más fuerte de recibir la eucaristía, que le permitieron recibir cada ocho días. A partir de la fiesta de Pentecostés, 8 de junio de 1868, le permitieron comulgar todos los días.

SUS ENFERMEDADES

Sus enfermedades comenzaron propiamente en enero de 1867 y tuvo que guardar cama, recuperándose poco a poco. Un día de julio de 1867, estando en la iglesia después de comulgar, recibió una luz divina que la invitaba a entregarse totalmente al Señor sin condiciones, recibiendo tres dones especiales: presencia permanente de Dios, amor por la Pasión de Cristo y amor inmenso por Jesús Eucaristía.

El 20 de setiembre se puso tan grave que llamaron al sacerdote para darle la unción de los enfermos. El sacerdote la encontró inconsciente y propuso hacer una novena a Nuestra Señora de La Salette para obtener su curación. Apenas habían comenzado la novena, cuando abrió los ojos, pudo hablar y dijo en tono firme que no moriría esa vez. ¿Qué había pasado en su alma? ¿Qué le habría comunicado el mismo Señor? Recuperó la salud casi de inmediato, pero era sólo una tregua. A las tres semanas, a mediados de octubre, le sobrevino otra enfermedad peor que la anterior: un dolor neurálgico muy agudo. Le dolía la cabeza, el brazo derecho, el costado y la pierna, pasando el resto de ese año clavada en su cruz sin quejarse.

⁶ Thiery, vol 1, p. 177.

El mal se agravó en enero de 1868. En la primavera de 1868 tuvo que pasar tres semanas sentada en una silla con la cabeza apoyada en una mesa, ofreciendo a Dios sus dolores y su vida por la conversión de los pecadores. Para colmo de males, le vinieron vómitos de sangre. Esas hemorragias comenzaron el 29 de marzo y terminaron el 13 de abril, es decir, durante toda la Semana Santa.

Apenas tomaba unos sorbos de agua y raramente alguna medicina. El párroco fue llamado con urgencia el 15 de abril, tercer día después de la fiesta de Pascua de Resurrección. Le dio la unción de los enfermos y ella se despidió de su madre y hermanas, pensando que iba a morir. El párroco le trajo la comunión y ella le pidió a Dios la salud, si era su voluntad, para ayudar a su madre y ayudar en la salvación del mundo por medio de sus sufrimientos. Después de esta oración, sintió esperanza de ser curada por un sentimiento interior. Se curó, pero tuvo que guardar cama unos días hasta recuperarse de la debilidad extrema en que había quedado. El 21 de abril fue el día de su curación total. Ella había predicho: *El martes iré a la iglesia. Al párroco le había anunciado la víspera: Mañana iré a la misa y a comulgar en la iglesia.*

Por la mañana del día 21, se vistió sola y fue con su familia a la iglesia. Se sentía como nueva y toda su debilidad había desaparecido. Había mucha gente del pueblo en la iglesia, esperándola a ver si cumplía su palabra. Todos estaban admirados, pues la habían visto los días anteriores todavía muy débil. Tres días más tarde, el 24 de abril de 1868, aparecieron las llagas de Cristo por primera vez en su cuerpo.

SU PUREZA ANGELICAL

Uno de los aspectos fundamentales de la vida de Luisa fue el cuidado especial que tuvo en guardar limpio y puro su cuerpo y su alma para Dios, quien la protegió de todo mal.

Siendo jovencita, un destacamento militar se acantonó en el pueblo vecino de Fayt. Al llegar la noche, un oficial con algunos soldados quisieron entrar en la casa y trataron de romper las puertas, pero gracias a Dios resistieron, a pesar de ser débiles y poco seguras. A los pocos días, el coronel del regimiento escribió una carta, pidiendo disculpas a la familia en nombre de sus subordinados.

Cuando tuvo 28 años, se le presentó un pretendiente, pero ella declaró que Dios había hecho tanto por ella que quería dedicarse totalmente a Él, considerando que sería una profanación entregarse a un esposo de la tierra, cuando su esposo del cielo había marcado su cuerpo con sus llagas divinas.

Un día el doctor Contal, estando Luisa en éxtasis, quiso hacer pruebas sobre su insensibilidad a los estímulos exteriores. Él había aprendido en su práctica médica que, oprimiendo con sus puños los órganos femeninos, había podido reanimar a algunas pacientes que habían perdido el conocimiento. Pero, antes de que pudiera poner en práctica sus deseos, Luisa se despertó de repente, diciendo: *Doctor, le ruego que salga de aquí*⁷.

Otra vez, unos médicos, que querían hacer una prueba, la amenazaron con deshonrarla para hacer desaparecer sus estigmas, pero Dios mismo le hizo entender en ese momento que eran sólo amenazas y que Él nunca lo permitiría⁸.

Sus directores espirituales dijeron que Luisa era un ser angelical por su pureza. Según ellos, por un privilegio especial había sido preservada de las tentaciones de impureza y su inocencia bautismal resplandeció en ella hasta el último día.

ESPÍRITU DE REPARACIÓN

Luisa se había ofrecido al Señor como víctima por la salvación del mundo. Su vida era totalmente para Dios y sólo deseaba cumplir en todo momento su santa voluntad. Dios la había escogido para expiar los pecados del mundo y reparar por ellos. Y ella trató fielmente de cumplir su misión, ofreciendo sus sufrimientos por el mundo, la Iglesia y el Papa.

En 1870 los Estados Pontificios fueron invadidos por las tropas piemontesas. El santo Padre, Pío IX, fue obligado a permanecer como prisionero en el Vaticano. Los directores de Luisa observaron que durante el mes de agosto sus sufrimientos interiores aumentaron notablemente de intensidad y crecieron mucho hasta mediados de setiembre. El 20 de este mes las tropas piemontesas entraron en Roma y los sufrimientos de Luisa llegaron a la máxima intensidad, continuando más o menos hasta el mes de diciembre. El día 8, fiesta de la Inmaculada, sus sufrimientos desaparecieron y llegó la calma.

Otra coincidencia significativa tuvo lugar en 1871 durante la Semana Santa. Fueron días de verdadero duelo para el Papa y la Ciudad Eterna. No

⁷ Thierry, vol 1, p. 115; Reporte de Ducoulumbier del 6 de agosto de 1875.

⁸ Ibídem; Reporte del padre Niels y de Ducoulumbier de diciembre de 1879.

estaban presentes los miles de peregrinos de otros años y el ejército invasor, que dominaba la ciudad, profanó las imágenes y todo lo que era sagrado⁹.

En París, durante esa Semana Santa, se había desatado una guerra civil y muchos se encarnizaron contra la Iglesia y sus ministros, profanando templos y objetos sagrados. Muchos sacerdotes y ciudadanos honestos fueron asesinados.

Mientras estos trágicos sucesos sucedían en Roma y en París en la Semana Santa de 1871, en Bois-D´haine Luisa expiaba y reparaba ante Dios tantos desmanes. El padre Serafín, su director, anotó que ella sufría mucho y, cuando algunos días más tarde llegó la confirmación de los sucesos de Roma y París, quedó convencido del carácter expiatorio de los intensos sufrimientos de Luisa en aquellos días¹⁰. Luisa estaba en agonía, casi moribunda, apenas podía balbucear algunas palabras. Parecía un Ecce homo.

¡Qué diferencia entre Roma, París y Bois-D´Haine! En Roma y París se ofendía gravemente a Dios y en Bois-D´Haine se le consolaba y reparaba.

El Papa Pío IX murió en febrero de 1878 y Luisa creyó que su misión de reparadora había terminado, pensando que moriría. El obispo de Tournai, Monseñor Dumont, le prohibió morir, que es lo que ella pedía y deseaba. El arzobispo de Malinas le solicitó al nuevo Papa León XIII, de parte de Luisa, permiso para morir, pero el Papa la animó más bien a seguir viviendo y a rezar por él, como había hecho con su antecesor Pío IX. Por eso, continuó con su misión de rezar especialmente por la Iglesia y por el Papa León XIII.

El 23 de febrero de 1878 se le apareció la Virgen y la animó a seguir al servicio de la Iglesia y del Papa. Luisa declaró: *Ofrezco mi vida en sacrificio por la Iglesia*¹¹.

Otro momento de grandes sufrimientos para Luisa se debió a las leyes anticatólicas dadas en su país contra la libre enseñanza de la religión católica. En 1878 los masones dirigían los destinos de Bélgica y consideraron que la ley de educación de 1842 no cumplía sus sueños de descristianización de las escuelas. A partir de 1879, comenzó la polémica y los obispos belgas se unieron en contra de la ley que se quería imponer. El obispo de Luisa, Monseñor Dumont, se distinguió por su lucha contra esta ley, pues él mismo, desde 1878, había erigido muchos colegios y escuelas libres católicas.

⁹ Didry-Wallemacq, o.c., pp. 159-160.

¹⁰ Ib. p. 161.

¹¹ Ib. p. 166.

Luisa seguía la polémica y a cada concesión en contra de las escuelas católicas, sufría en expiación. Ella quería mucho a Monseñor Dumont, porque era su obispo y trataba de apoyarlo contra todos los que lo atacaban en los periódicos y por distintos medios sociales. Los obispos belgas habían dado la voz de alarma en una carta pastoral del 29 de diciembre de 1878, reclamando que se mantuviera la ley de 1842.

Monseñor Dumont dio su firma a la pastoral con reservas, porque creía que la ley de 1842 no garantizaba suficientemente la libertad religiosa en educación. Por ello Monseñor Dumont decidió separarse en secreto de sus compañeros obispos, queriendo retirar su firma de la pastoral conjunta.

El Señor le habló a Luisa y le confió un mensaje para su obispo, pidiendo al párroco, padre Niels, que le dijera que quería verlo. Ella le habló de parte de Dios de que sabía que quería separar su firma de la pastoral por no estar de acuerdo con la ley de 1842. Le avisó que el Señor quería que se conservara la unión de los obispos a toda costa y así consiguió que, por el momento, no quitara su firma de la pastoral, tanto más que el Papa estaba de acuerdo con la pastoral de los obispos.

Pero el Papa, disgustado por muchas actuaciones unilaterales del obispo Dumont, en 1879 le exigió la dimisión, que el obispo no aceptó. De nuevo Luisa debió intervenir de parte de Dios para pedirle que se sometiera a la decisión del Papa, pero el obispo no la escuchó.

El Papa nombró como administrador apostólico de la diócesis a Monseñor Du Rousseux, que para ella era el verdadero obispo, y Monseñor Dumont fue suspendido en sus poderes episcopales en 1879. Ella obedecía al nuevo obispo y rezaba mucho por Monseñor Dumont, a quien tenía un especial aprecio y quien la visitaba con frecuencia. En julio de 1880 Luisa tuvo que escribirle de parte de Dios otra carta para decirle que iba camino del infierno, si no aceptaba la dimisión y obedecía al Papa.

Ella intervino ante el Papa y ante Monseñor Dumont para que el asunto llegara a buen término, pero no pudo ver el éxito de su gestión. El 6 de enero de 1885, dos años después de su muerte, Monseñor Dumont terminó por someterse al Papa y firmó una fórmula de retractación y sumisión como le exigía la Curia romana y el Papa le envió su bendición. Cuando Monseñor Dumont se sometió, todos los católicos de Bélgica, que sufrían por esta rebeldía, se sintieron aliviados. Pero en toda esta cuestión Luisa tuvo mucho que sufrir y ofrecer a

Dios, pues la Iglesia belga estaba desprestigiada y el obispo Dumont en camino de perdición.

EL DIABLO

El diablo no veía con buenos ojos las obras de expiación de Luisa y tanto bien que hacía en la Iglesia, salvando a los pecadores con sus oraciones y sufrimientos. Por ello trató de hacerle la vida imposible. El viernes 18 de diciembre tuvo lugar un asalto diabólico en presencia de testigos. Estaban presentes el obispo de Namur, Monseñor Gravez, el padre Serafín, el padre Bernard Van Loo y el padre Clemencio Huchant.

El padre Serafín, al darse cuenta de la presencia diabólica, exorcizó a Luisa. Ella parecía ser llevada por una mano invisible que la golpeaba con fuerza contra el sillón y la levantaba y la tiraba a tierra con una violencia brutal. El padre Serafín recitó en voz baja las palabras latinas *Fugite, partes adversae* (Huid, enemigos). Y, al decir esas palabras con autoridad y haciéndole la señal de la cruz en la frente, todo volvió a la calma. Luisa misma pudo decir después del éxtasis: *He sufrido un asalto diabólico. Quería deshacerse de mí y me ha hecho sufrir mucho*¹².

Estos asaltos los tuvo más o menos a lo largo de un mes. Después, el diablo cambió de táctica y se le aparecía bajo diferentes formas. A veces bajo figuras horrorosas para meterle miedo, diciéndole: *Hija mía, tú me perteneces*. Otras veces, la trataba de inquietar, diciéndole que no hacía suficientes penitencias y que no obedecía.

*Una noche, cuenta Désirée Couteau, su amiga de la infancia, yo estaba en vela con Luisa cuidando a su hermana Rosina, que padecía de tifus, y oí de golpe sobre nuestras cabezas un ruido infernal que parecía venir del granero. Miré espantada a Luisa y ella me dijo que no había nada que temer*¹³.

El 1 de febrero de 1873, a las diez de la noche, Luisa se fue a acostar y a la luz de la lámpara vio a un hombre arrodillado en medio de la habitación. Ella creyó que se trataba de un hombre que se había metido sin permiso. Pensó en gritar pidiendo ayuda, pero primero invocó interiormente a Jesús y a María y todo desapareció. Ocho días más tarde, el demonio se le apareció bajo una figura humana, pero en medio de tinieblas para darle temor. Su cara estaba envuelta en

¹² Thiery, vol 2, p. 185.

¹³ Didry-Wallemacq, o.c., p. 98.

luz, pero una luz, según dice ella, que hacía mal. Su cabeza era humana, pero tenía sus cabellos erizados, rígidos como clavos. No se distinguía bien el resto del cuerpo, pero sus pies parecían de una bestia, como cascos de caballo. Desapareció al comenzar Luisa a orar, pidiendo ayuda a Dios.

El 17 de febrero y la noche del 1 al 2 de marzo, de nuevo se le apareció, tomando un aspecto feo y horripilante. A partir del 10 de marzo, se le apareció cada noche, excepto la noche del jueves a viernes, que estaba en éxtasis.

A veces se le presentaba bajo forma de animales desconocidos o como serpientes de todos los tamaños. Otro día se le presentó bajo la figura de un joven muy atractivo con los cabellos bien cortados, pero sus pies eran de bestia y no pudo engañarla. El 16 de mayo vinieron muchos demonios bajo diferentes figuras de pájaros de largas alas o animales inmundos.

Un día cuidaba a su madre enferma y se presentó el demonio como una serpiente que vomitaba fuego. En otra ocasión se le presentó como si fuera Jesús. Para luchar contra el diablo oraba, hacía la señal de la cruz, usaba el crucifijo y el agua bendita, y así lo hacía huir. Por eso, siempre tenía a la mano el agua bendita y el rosario con su pequeña cruz para defenderse.

El padre Niels contaba un hecho sucedido el 20 de marzo de 1874. Luisa estaba muy agobiada por sus sufrimientos y le pidió a Dios que la aliviara. Ese día por la tarde el padre Niels fue a visitarla y encontró en su frente una sanguijuela gruesa y grande. Le preguntó por qué la tenía y ella ni sabía que la tenía. El padre Niels la sacó y la metió en un frasco que puso en el armario. Algunos minutos después, quiso el padre Niels ver de nuevo al animal y encontró el frasco vacío sin que nadie hubiera tenido acceso al armario para sacar la sanguijuela.

Entonces comprendió que el demonio la había colocado en su frente para poder engañar a la gente de que ella se producía las llagas por medio de ese animal. Si el padre Niels no hubiera llegado esa misma tarde, la hubieran visto así los visitantes y habrían pensado que era una farsante.

LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS

Luisa vivía plenamente la comunión de los santos. De modo especial invocaba a sus patronos, san Luis rey de Francia y san Luis Gonzaga. Cuando estuvo de empleada en Bruselas en 1864, iba con frecuencia a la iglesia de los jesuitas donde se veneraba a san Luis Gonzaga. Según le comunicó al padre

Ducoulombier, el Viernes Santo de 1876 se le había aparecido¹⁴. Tenía mucha devoción también a san Francisco de Asís.

El 8 de diciembre de 1867 Luisa había sido recibida definitivamente como miembro de la Tercera Orden franciscana. Con ese motivo ella escribió la siguiente oración: *Señor, si mi boca no puede decir a cada instante que te amo, acepta al menos, que cada una de mis respiraciones te manifiesten mi amor*¹⁵. Antes de morir su madre, consiguió que también ella entrara a formar parte de la Tercera Orden.

Amaba mucho a san Pascual Bailón, patrono de los Congresos eucarísticos y uno de los santos más devotos de la Eucaristía, que se le apareció el 15 de abril de 1868. También tenía devoción a santa Úrsula, que se le había aparecido rodeada de religiosas. Por otra parte, recordaba con mucho cariño a san Juan Bautista, patrono de su parroquia. Nunca olvidó que, siendo niña se salvó de morir ahogada el día de la fiesta de la degollación de san Bautista, quien también se le apareció en alguna oportunidad.

Y no olvidemos a santa Ana, de la que llevaba su nombre, Ana Luisa, y que era la patrona de las costureras como ella. También san José era uno de sus santos predilectos. Y todos los días invocaba con amor a su ángel custodio, su fiel y permanente compañero¹⁶.

Algo especial de anotar es que con frecuencia se le aparecía Jesús con su divino Corazón ardiendo en llamas. El 31 de diciembre de 1875, al preguntarle sobre esto, respondió: *He visto muchas veces el Corazón de Jesús rodeado de rayos que salían de su Corazón. Veo su Corazón a través de la luz que sale de su pecho, como si fuera transparente*. Ella sentía que su corazón ardía en llamas de amor por Jesús¹⁷.

El centro de su vida y de su amor era Jesús presente en la Eucaristía, de quien recibía fuerza y vida corporal y espiritual. Pero también amaba mucho a María, a quien consideraba como una mamá y que se le aparecía con mucha frecuencia. Luisa le rezaba todos los días el rosario, además de rezar el Oficio divino de los terciarios franciscanos. Los días de fiesta de la Virgen los vivía con particular intensidad. Llevaba al cuello una medalla de la Virgen y, cuando trabajaba de costurera, tenía siempre a su lado un crucifijo y un rosario.

¹⁴ Thiery, vol 3, p. 81.

¹⁵ Thiery, vol 2, p. 12.

¹⁶ Thiery, vol 3, p. 153.

¹⁷ Thiery, vol 5, pp. 321-322.

En la noche del 15 al 16 de abril de 1868, dijo a los presentes que veía a la Virgen bendiciéndola con su divino hijo¹⁸.

El 18 de abril de ese año 1868 recibió la visita del niño Jesús rodeado de luz y vio a la Virgen al pie de la cruz, recibiendo de rodillas el cuerpo inanimado de Jesús.

El 8 de setiembre de 1868, fiesta de la Natividad de María, vio a la Virgen niña en una cuna de rayos de luz. Su amiga Luisa Couteau, que cuidaba a Luisa enferma, recuerda que, cuando se le aparecía la Virgen, le preguntaba con toda sencillez si la había visto.

Luisa ofrecía a Dios todos sus sufrimientos por medio de María y todo lo hacía en unión con María, pidiéndole muchas veces al día que le diera la bendición como a una hija querida. Y no olvidemos que tenía la costumbre de pedirle que le sacara su corazón y en su lugar pusiera el suyo para amar más a Jesús.

DONES SOBRENATURALES

a) LAS LLAGAS

Luisa desde niña tuvo una devoción especial al Vía crucis. Su madre se lo hacía rezar delante de un crucifijo y así comenzó a sentir amor a Jesús crucificado y a la Pasión y, por ello mismo, al ejercicio del Vía crucis.

La noche del 3 de enero de 1868 una luz inundó su alma y aumentó considerablemente su deseo de sufrir por Dios. Esa luz, dijo ella, *era como un dardo o rayo de luz que penetró en mi alma*¹⁹.

Desde ese día, Luisa comenzó a sentir los dolores de los estigmas, todavía invisibles. Cada viernes sentía esos dolores de las llagas. Los demás días de la semana eran poco intensos.

El día de su curación, 15 de abril de 1868, Dios le hizo entender que debía sufrir mucho y que se preparara para ser su víctima. El 24 de abril de ese año aparecieron por primera vez los estigmas de modo visible, saliendo sangre de las heridas. Sólo se lo dijo al párroco. Ambos guardaron el secreto, pero el 8 de

¹⁸ Declaración jurada de la Madre Enriqueta Couteau; Thiery, vol 3, p. 152.

¹⁹ Van Looy, o.c., p. 73.

mayo la sangre salió muy abundante y el padre Niels se sintió preocupado, llamando al doctor Gonne del pueblo de Fayt. Luisa se sometió a su tratamiento durante algunas semanas, pero, en vez de mejorar, aumentaban sus sufrimientos, debiendo renunciar a cualquier tratamiento médico hacia mediados de junio.

Normalmente salía sangre los viernes. El sábado por la noche todo estaba cicatrizado de modo misterioso. Solamente dos viernes no hubo sangre. A pesar de derramar tanta sangre los viernes, desde el 24 de abril, día de su curación total, ella gozaba de excelente salud, pudiendo ocuparse de los trabajos ordinarios de la casa. Solamente los viernes no podía trabajar por estar en éxtasis, sufriendo la Pasión.

Cada semana los estigmas de manos y pies comenzaban con una ampolla, elevada sobre la piel del lugar de la llaga. Después reventaba y hacía salir sangre en abundancia. La ampolla aparecía el jueves en la tarde. La sangre empezaba a salir entre las doce y la una de la mañana de los viernes, estando en éxtasis. A partir del 24 de abril de 1868, todos los viernes hasta su muerte salió sangre de sus llagas, excepto en dos ocasiones.

Su madre y hermanas decían: *¿Qué hemos hechos nosotras al buen Dios para que nos castigue de esta manera?* Pero Luisa lo único que quería era permanecer desconocida y que nadie se enterara de sus llagas, lo que fue imposible y, por providencia de Dios, todos los viernes de su vida venía gente, especialmente médicos y sacerdotes, con permiso de las autoridades eclesiásticas, a visitarla y examinarla para constatar si eran llagas auténticas o eran producidas por magia, superchería o engaño.

El viernes 26 de setiembre de 1868 aparecieron en su frente unos cuatro puntos sangrantes con fuerte dolor de cabeza. El viernes siguiente aparecieron cinco nuevos puntos sangrantes en la frente, que hacían en total un círculo en forma de corona. Un eclesiástico que fue a darle la comunión se dio cuenta que de su cabeza salía sangre abundante y que corría por la frente hasta el rostro. Según él, la cara de Luisa se parecía a la de Jesús en el Pretorio, cuando Jesús llevaba la corona de espinas.

La llaga de la espalda derecha le apareció por primera vez el viernes 4 de abril de 1873. Luisa sintió el dolor en la espalda derecha y su camisa se llenó de sangre. El Viernes Santo, que era el viernes siguiente, se repitió el dolor más fuerte aún. A partir de esa fecha, todos los viernes tuvo, además de los dolores de la corona de espinas y de las llagas de pies, manos y costado, el de la espalda derecha. Esta llaga era especialmente amada por Luisa, pues fue la única que no le hicieron los hombres a Jesús, sino que la aceptó personalmente el Salvador por

su celo de sufrir por nosotros. Según algunos santos como san Bernardo y la beata Ana Catalina Emmerick, esta llaga de la espalda fue la que más le hizo sufrir a Jesús.

1. INVESTIGACIÓN ECLESIAÍSTICA

En agosto de 1868 Monseñor Dechamps, cardenal arzobispo de Malinas, fue a visitar a Luisa, pero su interrogatorio sólo fue para comprobar si sus virtudes eran sólidas. Durante cinco horas le preguntó sobre su obediencia y humildad, quedando totalmente satisfecho y convencido de que era una santa. Ella decía siempre: *Santa voluntad de Dios, tú eres todo para mí*²⁰.

Ella le preguntó si podía entrar en un convento con el fin de ocultar sus llagas y evitar tantas visitas y propaganda, pero el prelado le hizo desistir, diciéndole que era la voluntad de Dios que estuviera en el mundo, pues sus llagas eran un don para convencer al mundo de la sobrenaturalidad de los hechos. Y decidió nombrar una Comisión para investigar y probar que los hechos eran verdaderamente sobrenaturales. No se planteó el asunto de la inedia (no comer ni beber), pues este fenómeno se presentó más tarde en 1871. El obispo fijó fecha del comienzo de la investigación eclesiástica para el 4 de setiembre de 1868.

Los miembros de la Comisión estaban presididos por Monseñor Ponceau, vicario general. También participaba el párroco (padre Niels), el padre Serafín, pasionista, y el padre Eduardo Huchant, redentorista, junto con Monseñor Voisin, también vicario general. A ellos se añadió el señor Adolfo Dechamps, ministro de Estado, que vivía en un castillo vecino al pueblo y que era hermano del cardenal arzobispo de Malinas. También para la parte médica se añadió al célebre profesor de la universidad católica de Lovaina y miembro de la Academia Real de Medicina de Bélgica, al doctor Fernando Lefebvre.

El padre Serafín y el padre Huchant se dedicaron especialmente a la parte teológica para aclarar si los fenómenos eran sobrenaturales o se debían al diablo o a causas naturales. El padre Huchant, al principio, parece que se convenció de la sobrenaturalidad de los hechos; pero, al poco tiempo, cambió de opinión, creyendo que eran producidos por el diablo. Procuró hacer desaparecer los éxtasis y las llagas, ordenándole a Luisa con la autoridad recibida del obispo a que regresara del éxtasis cada vez que estaba él presente. Además le ordenó que pidiera a Dios que hiciera desaparecer esos fenómenos. También la obligó a que trabajara los viernes, intentando así evitar los éxtasis y la vivencia de la Pasión.

²⁰ Thiery, vol 2, p. 107.

Luisa, a pesar de estar muy adolorida esos días, procuraba trabajar para obedecerle.

Para mejor examinar los fenómenos de los éxtasis y de las llagas, Monseñor Ponceau, en unión con el padre Huchant y el padre Niels, obtuvieron de su madre que pudiera ir el jueves 11 de setiembre a la casa cural para examinarla hasta el viernes en la tarde. Monseñor Ponceau le vendó los pies y las manos con vendas que selló para certificar que nadie las sacaría. A los pocos minutos, llegó el doctor Lefebvre quien examinó las ampollas surgidas con una lupa y volvió a sellar las vendas, vigilando a Luisa toda la noche del jueves. Pudo dar fe de que vio salir espontáneamente sangre de las llagas sin ser manipuladas.

Por la mañana del viernes el padre Huchant se dedicó a llamarla por obediencia cada vez que entraba en éxtasis, haciéndola volver en sí. En algunos momentos se iba a una habitación vecina y la expiaba por el ojo de la cerradura a ver si encontraba algo extraño.

En el transcurso de la mañana llegó su madre a visitarla y el padre Huchant vio que, después de unas palabras con su madre, Luisa cayó en éxtasis. Pensando que era producido por ella misma, la hizo volver en sí y se lo reprochó severamente como desobediente a sus órdenes de resistir a quedar en éxtasis o que fingía el éxtasis. El padre Huchant creyó haber descubierto el truco, pensando que Luisa sólo caía en éxtasis cuando había alguien que la viera. En otro momento, al quedarse ella sola, procuró con un alfiler quitarse las costras secas de las llagas, como lo hacía en su casa, pero el padre Huchant, que la vio con el alfiler al entrar intempestivamente en la habitación, creyó haber encontrado la causa de las llagas, pensando que se las producía ella misma con un alfiler y que todo era un fraude, acusándola con las más graves palabras de mentirosa y falsaria.

Ella aceptó con resignación todos sus reproches, pidiendo perdón por haberle causado aquella pena. Pero, cuando el padre Huchant quiso que firmara un documento, aceptando que todo era falso, ella se opuso tenazmente, porque no podía aceptar firmar una mentira. El padre Huchant quiso convencer a Monseñor Ponceau, pero él la interrogó personalmente y encontró que el padre Huchant era un exagerado y, satisfecho con las explicaciones de Luisa, la dejó que regresara a su casa.

El padre Niels le preguntó a Luisa qué había sentido ante tantos reproches del padre Huchant y ella le respondió que hubiera querido sufrir más para ofrecerlos al Señor.

Monseñor Ponceau, presidente de la Comisión, contradijo públicamente al padre Huchant en febrero de 1869. El 23 de noviembre de 1873, el mismo Ponceau al bendecir la nueva iglesia de Bois-D'Haine alabó públicamente a Luisa, que no estaba presente, considerándola como una santa, pues reconoció ante sus paisanos que los fenómenos que le ocurrían eran sobrenaturales.

Una de las cosas que más le hacían sufrir a Luisa era la diferencia de opiniones, especialmente entre el padre Serafín, que creía que todo era sobrenatural, y el padre Huchant, que lo creía de origen diabólico. Ambos le daban órdenes divergentes y ella trataba de obedecerlos con tal de que no hubiera contradicciones o no fuera algo contra su conciencia. El padre Huchant llegó a prohibirle que se confesara con otro que no fuera él mismo, lo que Luisa no pudo aceptar en conciencia.

La Comisión episcopal se reunió en febrero de 1869 para ver algunos resultados y todos, menos el padre Huchant, estuvieron de acuerdo en que los hechos eran de origen sobrenatural.

El padre Huchant dirigió entonces sus pasos a convencerlos de que se debían prohibir las visitas de gente seglar para dejarla tranquila, pues eran muchos los que querían conocerla. Muchos visitantes venían de países como Italia, Alemania, Rusia, Francia y Holanda. Cada viernes solían admitirse unas 15 personas a la habitación, cuando ya había comenzado el éxtasis; y salían momentos antes de terminar, cuando ya había pasado el momento de la muerte de Jesús en el Gólgota. Así ella no se sentía disgustada al regresar y ver tantas personas extrañas, pues deseaba permanecer escondida sin llamar la atención. El padre Niels recibía cada semana unas 20 solicitudes para asistir a los éxtasis de los viernes.

El 1 de julio de 1869 el padre Huchant renunció a la Comisión y fue escogido en su lugar el padre Bernard van Loo, que, al principio, influenciado por el padre Huchant, también creyó que todo era una farsa y trató de emplear todos los medios naturales posibles para suprimir los hechos sobrenaturales. Al final se convenció y escribió: *Después de dos años que yo veo a Luisa (desde el 9 de julio de 1869 al 26 de julio de 1871) me he podido convencer de que Luisa es un alma privilegiada. Su paciencia, resignación, obediencia y humildad han sido suficientemente probadas en este tiempo y, por consiguiente, hay que rechazar todas las dificultades aparentes que yo y el padre Huchant teníamos sobre estos hechos*²¹.

²¹ Thiery, vol 2, pp. 307-308.

El mismo padre Bernard van Loo, en una carta dirigida al padre Verhaeghe el 17 de setiembre de 1871, le dice: *He escrito al obispo de Tournai y usted no tema colocarme entre los que están convencidos de la acción divina en estos hechos*²².

El padre Verhaeghe le escribió al padre Henri van Looy el 20 de junio de 1872: *Desde el mes de setiembre de 1871 no tuve más dudas de que el estado de Luisa Lateau era sobrenatural y divino y, en ese sentido, envié un reporte, que fue llevado al obispo de Tournai por Monseñor Ponceau en el mes de setiembre de 1871*²³.

De modo que todos los miembros de la Comisión estuvieron de acuerdo en la sobrenaturalidad de los hechos. El día 20 de diciembre de 1871 Monseñor Dechamps, cardenal de Malinas, le escribía al párroco, padre Niels: *Cuando todo el mundo está de acuerdo, los médicos más sabios, los sacerdotes más piadosos, los laicos más esclarecidos y los testigos más numerosos e, incluso, todos los obispos que la han visto y oído, hay que sostener que sólo hay un adversario, el padre Huchant, a quien algunos siguen. En Luisa hay un nuevo hecho sobrenatural y es que ella lo único que trata de hacer es que Dios esté siempre contento*²⁴.

Cuatro años después, en 1875, cuando parecía que Luisa iba a morir, el padre Huchant insistió ante el obispo para que tomara medidas y no se llevaran las cosas de Luisa como reliquias. Incluso, sabiendo que un padre jesuita le había tomado algunas fotografías, le hizo entregar los clichés para que no se difundieran sus fotos.

El mismo padre Huchant le había ordenado a Luisa renunciar a su reputación de santidad y de pedir a Dios que, después de su muerte, su cuerpo fuera corrompido como cualquier otro. Lo que ella cumplió hasta el último día como una muestra más de obediencia y de auténtica santidad.

b) ÉXTASIS

Luisa tenía éxtasis todos los días después de la comunión y algunos días también en la tarde, especialmente todos los jueves y viernes durante la vivencia de los sufrimientos de la Pasión de Cristo.

²² Van Looy, o.c., p. 60.

²³ Van Looy, o.c., p. 63.

²⁴ Thiery, vol 2, pp. 309-310.

El primer día de éxtasis completo, fuera de la comunión, ocurrió el 17 de julio de 1868. El éxtasis duró unos 25 minutos. Luisa estaba sentada, inmóvil, con los ojos fijos en el cielo y con una expresión celestial. El padre Niels la llamó y volvió en sí. Después de un rato volvió a caer en éxtasis y eso mismo hizo hacia las ocho de la noche, estando así durante seis horas.

Los éxtasis de los viernes, cuando no la molestaban con llamadas los legítimos Superiores o sus delegados, podían durarle hasta doce horas, siendo el centro del éxtasis las tres de la tarde, hora en que Jesús murió.

Casi siempre, cuando comenzaba el éxtasis, la mirada de Luisa se dirigía hacia el cielo de cara hacia donde estaba la iglesia parroquial. Su mirada tenía a veces una dulce sonrisa. En otras ocasiones, su rostro manifestaba dolor, de acuerdo a las visiones que tenía en ese momento.

El doctor Bribosia, oculista de Bruselas, observó que durante el éxtasis los ojos de Luisa estaban con estrabismo y no podían ver nada naturalmente, mientras que fuera del éxtasis podían ver normalmente.

Durante el éxtasis el rostro de Luisa aparecía encantador y de una belleza celestial indescriptible, excepto cuando revivía los dolores de la Pasión y de la crucifixión.

Ella nunca preveía el momento preciso del comienzo del éxtasis. Ese fenómeno la sorprendía a ella y a los presentes. Normalmente estaba sentada en una silla con sus manos envueltas en un paño para secar la sangre de las llagas. A veces el éxtasis comenzaba, estando hablando de alguien, aún de cosas indiferentes. En ocasiones, le venía mientras trabajaba. En el momento del éxtasis levantaba sus ojos hacia el cielo, estando en contemplación, totalmente inmóvil, totalmente insensible a lo que le rodeaba. Otras veces su madre y hermanas, creyendo que era solo un desvanecimiento, la movían y le gritaban, pero ella no respondía. Los médicos le hincaban su cuerpo con agujas o le ponían fuertes luces ante los ojos y ella permanecía insensible.

Mientras Luisa estaba en éxtasis, el doctor Lefebvre empleó toda clase de alfileres u objetos puntiagudos para hacerla salir del éxtasis. Empleó incluso amoníaco líquido y objetos eléctricos-dinámicos, debiendo confesar que Luisa no daba la menor señal de sensibilidad.

El doctor Lefebvre afirmó que Luisa, durante el éxtasis, estaba totalmente insensible; varias veces le aplicó corrientes electrodinámicas a su máxima

intensidad, que ninguna persona puede soportar más de cinco o seis segundos. Se la aplicó durante 70 segundos en el antebrazo y no reaccionó. Aplicó descargas eléctricas en distintos puntos del rostro, donde la sensibilidad es más fuerte, y, a pesar de que los músculos se movían, ella no reaccionaba y ni siquiera movió los párpados. Por ello declaró: *Quedé convencido de que Luisa estaba totalmente insensible y que, por tanto, no tenía sufrimiento*²⁵.

*Un hecho que he constatado muchas veces y que es contrario a las leyes fisiológicas es que, estando en éxtasis, mientras el pulso se acelera cada vez más, la respiración disminuye en la misma proporción. El pulso se eleva de 90 pulsaciones a 130, mientras que la respiración cae de 18 a 10*²⁶.

Cuando llegaban las tres de la tarde, Luisa se postraba en el suelo en forma de cruz, pues en ese momento revivía la crucifixión de Jesús, su agonía y su muerte. En ese momento, los pies de Luisa se cruzaban de modo que la planta del pie izquierdo estaba sobre la del derecho. Los primeros viernes en que vivió la Pasión ésta duraba varias horas. Con el tiempo, se redujo a cuatro o cinco horas y, al final de su vida, duraba apenas un cuarto de hora, estando entonces en cama.

Van Looy se acercó el 23 de setiembre a visitar a Luisa, quien le dijo: *Durante el éxtasis, me invade un sentimiento tan fuerte de la presencia de Dios y me siento tan pequeñita ante la inmensa grandeza de Dios que no sé dónde esconderme*²⁷.

c) MOVIMIENTOS SOBRENATURALES

Algo considerado fuera de toda ley natural son los movimientos que realizaba durante el éxtasis. Cuando estaba en éxtasis de rodillas, su cuerpo se inclinaba hacia adelante en un ángulo imposible de mantener humanamente, pues iba contra todas las leyes de la física. Y así permanecía, a veces, una media hora.

Cuando estaba de pie, caía en tierra de pronto a toda velocidad sin poner las manos para amortiguar el golpe, pero, al llegar al suelo, la velocidad de caída era menor y no se dañaba en absoluto. El canónigo Ducoulombier declaró que su caída era como la de un cadáver sin resistencias instintivas. Y, cuando estaba extendida en el suelo, sus brazos quedaban extendidos a los costados en toda su

²⁵ Didry-Wallemacq, o.c., p. 126.

²⁶ Ib. p. 126.

²⁷ Ib. p. 61.

longitud. Nunca sus vestidos dejaban de estar bien acomodados a lo largo de su cuerpo, como si alguien presente cuidara su modestia.

Otro movimiento inexplicable era cómo, sin apoyarse en absoluto, cuando estaba extendida en el suelo, se ponía de pie con un movimiento veloz, apenas apoyándose en la punta de los pies.

El 23 de octubre de 1868, el doctor Imbert-Gourbeyre escribió después de haber asistido a un éxtasis: *Debo anotar que la mayor parte de los movimientos que yo he visto ejecutar a la extática durante tres horas, han sido realizados fuera de toda regla fisiológica. Es imposible a quienquiera que sea echarse al suelo, levantarse, sentarse o ponerse de rodillas como le he visto hacer a Luisa. Todo es extraordinario en sus movimientos. Tal es así que ella, a veces, puede arrodillarse y sentarse de un solo movimiento, bruscamente, como si sus miembros inferiores fueran movidos por un resorte y el tronco estuviera siempre perpendicular, lo que va contra todas las leyes de la gravedad*²⁸.

El mismo doctor declaró: *La madre de Luisa me ha asegurado que todas las veces que Luisa, estando en éxtasis, se postra en tierra a toda velocidad, no se hace ningún daño. Nunca le ha visto señales de heridas o contusiones. Y, sin embargo, sus caídas son bruscas e instantáneas*²⁹. A pesar de que el suelo de su habitación era de piedras duras.

El 19 de marzo de 1869, estando presente el padre Serafín, Luisa, en éxtasis, se puso de rodillas con los brazos extendidos y se echó hacia delante en una posición totalmente fuera de equilibrio y así permaneció durante 32 minutos; levantándose después como un resorte. Ese día el padre Serafín, en presencia de muchos testigos quiso tomar varias veces esa posición, y le fue imposible, pues cada vez caía al suelo.

d) LLAMADAS

Algo totalmente sorprendente es que Luisa volvía del éxtasis siempre que la llamaba una autoridad legítima o sus delegados.

Esto es una prueba evidente de que el éxtasis era cosa de Dios, pues en ese estado estaba totalmente inconsciente a todas las sensaciones exteriores. Su madre y hermanas, a veces, creyendo que estaba desmayada, trataban de

²⁸ Imbert-Gourbeyre, *Les stigmatisées*, vol 1, tercera edición, p. 43.

²⁹ Ib. pp. 108-109.

sacudirla, pero no volvía en sí. Igualmente, no faltaban médicos que querían hacerla volver, hincándole con agujas, iluminando sus ojos con luces potentes o de otras maneras, pero nunca lo consiguieron. Sin embargo, lo hacía de inmediato cuando el párroco o alguien autorizado por el obispo o su párroco, aunque fuera laico, la llamaba. Esto le resultaba muy penoso, porque la sacaban de su estado de unión con Dios. Sin embargo, nunca se quejaba y siempre estaba dispuesta a obedecer.

El mismo obispo de la diócesis, Monseñor Labis, quiso constatar personalmente los hechos y se acercó a visitar a Luisa el 26 de marzo de 1869. Estando en pleno éxtasis la llamó, diciéndole: Luisa. Y ella obedeció al instante, regresando y pidiéndole la bendición. El obispo quedó muy satisfecho y convencido de la sobrenaturalidad de los hechos.

El 26 de marzo de 1869, el doctor Lefebvre invitó a visitar a Luisa al doctor Schwan de la universidad de Lieja. El obispo le quitó secretamente al doctor Lefebvre el permiso para poder llamar a Luisa del éxtasis y se lo dio expresamente al doctor Schwan. Ese día, el doctor Lefebvre no pudo hacerla volver en sí; en cambio, el doctor Schwan hizo tres pruebas y las tres tuvieron éxito, pues Luisa obedeció a su llamado y regresó del éxtasis. De este modo, el doctor Schwan se convenció de que los éxtasis no se debían a magnetismo o hipnosis. Declaró: *La prueba fue más que suficiente. El éxtasis no se debía a espiritismo, era algo espiritual. Si Luisa hubiera obedecido sólo al obispo, se hubiera podido decir que él era su magnetizador o hipnotizador, pero he visto que obedece a la voluntad del obispo a través de una voluntad opuesta a la suya. Por consiguiente, todo hombre de buen sentido debe aceptar que es de origen sobrenatural*³⁰.

Y sigue diciendo: *Para mí ni los estigmas ni los éxtasis son pruebas de que existen milagros, pero lo inexplicable es la naturaleza de las llamadas. Luisa no puede saber naturalmente quién está delegado por la autoridad religiosa para obedecerlo*³¹.

El padre Niels hizo la prueba de llamarla en voz alta sin tener la intención interior de llamarla y ella no volvía en sí, porque ella obedecía solamente las órdenes de acuerdo a la intención del demandante y siempre que tuviera la autoridad competente, actuando de acuerdo a ella.

³⁰ Thiery, vol 2, p. 239.

³¹ Thiery, vol 2, p. 598.

El Padre Bernard Van Loo, miembro de la Comisión episcopal, estaba un día en una habitación vecina a la de Luisa, rezando su breviario, cuando oyó que Luisa respondía evasivamente a un sacerdote visitante, sin autoridad para interrogarla. Entonces, él le dio mentalmente a Luisa la orden de responderle y, al instante, Luisa comenzó a responder a todas sus preguntas, lo que le emocionó mucho³².

e) **HIEROGNOSIS**

Es el don sobrenatural por el cual algunos santos pueden distinguir con toda claridad los objetos que son bendecidos por un sacerdote de los que no lo son, al igual que las reliquias auténticas de las que no lo son. Luisa tenía este don solamente durante sus éxtasis, mientras que algún otro santo, como la beata Ana Catalina Emmerick, lo tenía también estando despierta.

Cuando le ponían en sus manos un objeto bendito, ella sonreía con alegría. Este don se le manifestó de modo especial a partir de diciembre de 1868. Lo descubrió el 11 de diciembre el padre Huchant.

El 8 de enero de 1869 varios médicos que llevaban a cabo una investigación médica de los fenómenos de Luisa se dieron cuenta también que, al acercarle objetos benditos como rosarios, cruces, medallas o imágenes, ella sonreía; mientras que estaba insensible si no eran benditos, aunque fueran objetos religiosos.

Si en vez de ponérselos en los labios para besarlos, se los ponían en sus manos, ella los tomaba con fuerza largo tiempo y había que sacárselos con fuerza. Cuando trataban de sacarle los objetos de la mano, levantaba su brazo y lo tenía así indefinidamente levantado hasta que, al sacarle el objeto de la mano, el brazo caía como muerto. Pero, si eran objetos no benditos, ella ni siquiera hacía mención de tomarlos y seguía inmóvil.

Es interesante anotar que a algunas reliquias les daba mayor importancia que a otras, manifestándolo con una sonrisa más o menos pronunciada. Por ejemplo, le daba más importancia y veneración a una reliquia de san Francisco de Asís, de la que era hija terciaria, que a la de san Antonio de Padua, que era de la misma Orden.

³² Thiery, vol 2, p. 603.

Sonreía con mucha alegría, cuando le daban a beber agua de Lourdes, agua de la Virgen de La Salette o agua bendita, mientras que rehusaba beber agua ordinaria. De la misma manera, manifestaba alegría cuando le echaban agua bendita, mientras que no sentía nada cuando le echaban agua corriente.

Un día, durante el éxtasis, un seminarista vestido de sotana, pasó su mano delante del rostro de Luisa y ella quedó inmóvil, pero otro sacerdote, vestido de civil, hizo lo mismo y Luisa sonrió ante su mano consagrada. Se hizo la contraprueba de vestirse el seminarista de laico y el sacerdote como tal, y se obtuvo el mismo resultado. Se le presentaron a Luisa algunas reliquias dudosas, pero fue precisó que fueran presentadas por mano de un laico, pues Luisa siempre sonreía al acercársele la mano de un sacerdote, independientemente del objeto que se le presentara. Si eran auténticas las reliquias, ella sonreía más o menos emocionada, de acuerdo a su importancia.

Un día, un hermano de la Doctrina cristiana se puso de rodillas junto al lecho de Luisa y colocó junto a sus pies un relicario con reliquias y ella, inmediatamente, sonrió, tendiendo las manos en dirección a las reliquias³³.

En el mes de junio de 1869, Monseñor Elloy, obispo de Tiposa en Oceanía, oró en voz alta en latín y quedó asombrado al ver que Luisa manifestaba exteriormente los sentimientos de las palabras de la oración. Si eran de alegría, sonreía; si eran de tristeza, se entristecía. Y eso sin saber latín.

Dos meses después, un misionero de los Oblatos de María Inmaculada, obispo de la Columbia inglesa, se conmovió al ver que Luisa se asociaba al avemaría que él rezaba en la lengua de los salvajes de su diócesis. Otro obispo francés, Monseñor Mortier, el 8 de octubre de ese año 1869, también quedó conmovido ante las reacciones positivas de Luisa, cuando un protestante presente rezaba las oraciones católicas del padrenuestro y del avemaría.

Le hicieron diferentes pruebas, rezando o cantando textos religiosos, y se veía que siempre se conmovía, aunque a algunos textos o canciones les daba mayor importancia que a otros, según fueran oraciones o canciones litúrgicas aprobadas por la Iglesia o no.

Cuando le leían las lamentaciones de Jeremías, su rostro denotaba tristeza. Cuando se trataba de oraciones dirigidas a Jesús, normalmente se ponía de rodillas.

³³ Van Looy, o.c., p. 274.

El 26 de noviembre de 1869, Monseñor Ponceau recitó en latín, mientras ella estaba en éxtasis, la *Salve Regina*, *Memorare*, el *Pater* y el *Avemaría* con las letanías de la Virgen, y ella se sobresaltaba de alegría. Cuando Monseñor recitó en latín las letanías del santo Nombre de Jesús, ella se arrodilló y juntó sus manos en actitud de oración.

Hacia las cuatro de la tarde de ese mismo día, mientras ella estaba postrada en el suelo en éxtasis, Monseñor Ponceau se puso de rodillas junto a ella y cantó: *Vexilla regis, Tantum ergo, Te Deum, Stabat mater*. Apenas comenzaron estos cantos, ella se levantó a medias con los ojos abiertos, mirando al cielo con una gran sonrisa. Apenas cesaron los cantos, ella cayó como una masa inerte. El 9 de enero de 1870, Monseñor Ponceau hizo otra vez la misma experiencia de cantar cantos religiosos y el efecto fue el mismo.

Todavía más asombrosa fue la experiencia de rezar o cantar mentalmente. Ella sentía los cantos u oraciones y reaccionaba como si fueran dichos en voz alta. El 6 de enero de 1871 un padre jesuita del colegio de Namur se puso a recitar mentalmente la oración *Oh bueno y dulcísimo Jesús*. Al momento, Luisa, que estaba postrada, se arrodilló y manifestó su acostumbrada veneración. En 1876 Monseñor Rutten, obispo de Lieja, siendo entonces director del Seminario de Saint-Roch, fue a visitarla y dice: *Fui a su casa con un rosario recibido de mi madre y bendecido por el papa Gregorio XVI, y otro rosario que compré en una tienda de Lieja... Era jueves en la tarde y asistimos a la comunión que Luisa recibió con gran piedad y devoción.*

Ella quedó con gran recogimiento con los ojos cerrados. Esa tarde comenzó su éxtasis de los jueves y viernes. Estábamos unas 20 personas, Luisa estaba en cama con la mirada fija en lo alto, donde parecía ver un espectáculo impresionante. Yo observaba cómo su mirada cambiaba según el sentido de las palabras de las oraciones que el padre Niels decía a su costado y que recitaba en latín y en francés, especialmente el “Magnificat”, el “Te Deum” y “Oh bueno y dulcísimo Jesús”.

Cuando se le acercó el rosario bendecido por Gregorio XVI, lo tomó con las dos manos sonriendo con gran alegría y hubo necesidad de gran esfuerzo para quitárselo. Por el contrario, cuando se le presentó el rosario que había comprado en la tienda, ella permaneció impassible y, a pesar de colocarle este rosario entre sus manos, no hizo el menor esfuerzo en retenerlo. Yo recé en voz muy baja la oración “Oh buen y dulcísimo Jesús” en flamenco y ella inmediatamente se sentó en la cama y extendió sus manos manifestando mucha alegría y ternura... Desde ese día, nadie puede quitarme la íntima convicción de que los hechos de que fui testigo eran de origen divino. El pensamiento de que

*podieran haber sido producidos por el demonio me ha parecido totalmente absurdo, vistos los efectos saludables sobre todos los presentes*³⁴.

Un día, la duquesa de Toscana, tía del conde de Chambord, le presentó una imagen de Cristo y Luisa no tuvo ninguna reacción; pero un sacerdote, colocado detrás de Luisa, bendijo la imagen e inmediatamente Luisa la tomó con alegría en sus manos³⁵.

El 1 de enero de 1875, escribe el padre Ducoulombier: *Entré sólo en la habitación de Luisa, que estaba en éxtasis, acostada en el suelo, con los brazos en cruz. Me puse a rezar el breviario a su costado y, apenas comencé, levantó la cabeza y así estuvo durante media hora. Cuando recité la antifona “Ecce video coelos apertos” (Veo los cielos abiertos) ella se puso de rodillas con las manos extendidas, con los ojos brillantes y una alegría indecible*³⁶.

Si se pronunciaba ante ella, estando en éxtasis, los nombres de Jesús y de María o de un santo cualquiera; si se rezaba el Avemaría, el Gloria, la Salve o cualquier otra oración de la Iglesia, ella sonreía con alegría; pero si se recitaba una poesía profana, quedaba fría e indiferente. Si se le presentaba un crucifijo o una imagen, que no estaba bendecida, ella no la retenía; pero si estaba bendita, la retenía con fuerza y alegría entre sus manos, debiendo hacer gran esfuerzo para quitársela. Si estaba postrada en tierra y levantábamos su brazo todo lo posible y le colocábamos un objeto bendito, su brazo quedaba rígido y suspendido en el aire todo el tiempo que tenía el objeto bendito; pero, si se lo quitaban, de nuevo caía su brazo al suelo como un peso muerto³⁷.

El padre Armand Velghe escribió el 21 de marzo de 1906 la relación de su visita a Luisa el viernes de la Semana de Pascua de 1872: *Estábamos catorce o quince personas en su habitación, pues ya no cabían más. Entre ellas había seis sacerdotes, incluido el párroco padre Niels, dos sacerdotes alemanes y un inglés. Encontramos a Luisa sentada en una silla baja al pie de su cama. Tenía los ojos abiertos llenos de lágrimas, mirando hacia arriba. Quisimos hacer algunas pruebas y comenzamos a rezar el padrenuestro y el avemaría en diferentes lenguas y ella manifestaba alegría o tristeza de acuerdo al sentido de las plegarias. Después vinieron las pruebas de objetos benditos. Los no benditos caían de sus manos mientras que los benditos los retenía en ellas con fuerza. Yo mismo le di dos medallas totalmente iguales, una bendita y otra no. Se las*

³⁴ Thiery, vol 2, pp. 179-180.

³⁵ Didry-Wallemacq, o.c., p. 89.

³⁶ Thiery, vol 3, p. 329.

³⁷ Van Looy, o.c., pp. 127-128.

coloqué entre sus dedos. A los pocos segundos, cayó a tierra la medalla no bendita, mientras tenía la que estaba bendecida.

El doctor Arsene de Noüe declara que, el 19 de julio de 1874, había en la habitación de Luisa mientras ella se encontraba en éxtasis, un sacerdote americano que venía de Jerusalén y de Roma. Estaba vestido de laico y nadie, ni siquiera el párroco padre Niels, sabía que era sacerdote. Él llevaba a Luisa la bendición del Santo Padre. Se colocó detrás de la silla donde ella estaba sentada y, cuando pronunció las palabras: *La bendición de Dios todopoderoso*, Luisa se sobresaltó de alegría y a toda velocidad se puso de rodillas con un movimiento instantáneo de rotación delante del misionero, para volver a tomar su primera posición después de recibir su bendición³⁸.

El 30 de abril de 1869, el padre Serafín, cuando Luisa estaba en éxtasis, le retiró el sillón donde había estado sentada y lo alejó a unos tres pasos de distancia. Luisa estaba de rodillas y, cuando se quiso sentar, fue sin dudar a su sillón que estaba alejado de su lugar primero.

Otro testigo, que estuvo presente al éxtasis del 7 de setiembre de 1871, declaró: *Es digno de notar que, cuando Luisa cae bruscamente al suelo en éxtasis, nunca se descubre. Sus vestidos están siempre castamente ceñidos a su cuerpo, de modo que lo cubren hasta el talón. Este es un detalle que los médicos han recalcado muchas veces. Todo parece indicar que hay fuerzas extraordinarias fuera de su persona que la hacen caer o levantar de modo sobrenatural y cuidan su pudor*³⁹.

Monseñor Gaspar Borgess, obispo de Detroit, Estados Unidos, refiere que el 19 de julio de 1877, Monseñor Dumont le dijo: *“No sé si su cruz pectoral lleva una auténtica reliquia de la santa cruz. Si es auténtica, le diré lo que hará Luisa al presentársela: Ella la tomará con fuerza y la tendrá entre sus manos cruzadas, su rostro se llenará de alegría y estará así hasta que usted le quite la reliquia”*.

Yo estaba impaciente. Le mostré la cruz pectoral sobre el pecho de Luisa y, al momento, ella se sentó como por encanto, tomando la cruz entre sus manos con los ojos elevados al cielo y su rostro inundado de alegría. Al intentar levantar la cruz por la cadena, me quedé asombrado de poder levantar también a Luisa hacia lo alto como una pluma.

³⁸ Thiery, vol 2, p. 567.

³⁹ Thiery, vol 2, p. 552.

Ella tuvo la cruz durante muchos minutos en sus manos, y, a pesar de estar con sangre que le corría desde las llagas, cuando me la devolvió, estaba totalmente limpia y sin sangre alguna⁴⁰.

f) SIN COMER Y SIN DORMIR

Dos fenómenos extraordinarios y sobrenaturales que se manifestaron en la vida de Luisa fueron los de poder vivir sin comer ni beber (inedia) y sin dormir.

El día de la aparición de la corona de espinas, el 26 de setiembre de 1868, se le quitó el sueño para siempre. Ya anteriormente, Luisa dormía cada vez menos. Ella podía pasar varias noches seguidas sin dormir, cuidando a los enfermos sin sentirse cansada; pero a partir de ese día, ya no podía dormir más⁴¹.

El padre Ducoulombier, en un interrogatorio a Luisa el 25 de agosto de 1876, le preguntó:

- *¿Es cierto que no duermes nunca?*
- *No señor cura. No tengo necesidad de dormir⁴².*

La cosa llegó a tanto que Luisa regaló su cama a una mujer pobre llamada Juana Sanglier. Sólo al final de su vida la necesitó, pues debió estar acostada por sus muchas enfermedades; pero, incluso estando enferma, nunca durmió hasta el fin de su vida.

El padre Huchant y el padre Bernardo Van Loo la obligaron a acostarse cada noche una media hora, pero sólo lo hacía para obedecer, sin poder dormir. A partir del 20 de agosto de 1874 los directores le dan permiso para no acostarse.

El 27 de setiembre de 1874 el doctor Warlomont constató que en la habitación de Luisa no había cama y le preguntó por qué. Ella respondió: *Yo no duermo nunca.*

Todas las personas de su pueblo que la conocían declararon bajo juramento que desde el 26 de setiembre de 1868 nunca la vieron dormir. El 8 de

⁴⁰ Didry-Wallemacq, o.c., pp. 51-52.

⁴¹ Ib. p. 140.

⁴² Thiery, vol 2, p. 361.

setiembre de 1871, el doctor Stévenant escribió: *La necesidad de sueño es nula en Luisa*⁴³.

Sobre su inedia o don sobrenatural por el que podía vivir sin comer y sin beber, digamos que el 30 de marzo de 1871 fue el último día en que Luisa pudo comer algo sin problemas. Apenas podía tomar un poco de agua de tiempo en tiempo. El día de Pascua 9 de abril, con mucho esfuerzo, tomó un pedacito de pan. El lunes tomó una media manzana. Los dos días siguientes procuró en vano tomar un poco de sopa, pero su estómago no aceptaba y lo vomitaba todo. A pesar de que en los primeros 15 días después del 30 de marzo, no tomó más que un pedacito de pan y media manzana con algunos sorbos de agua, ella se sentía llena de vida y de salud, haciendo los trabajos más fuertes de la casa y cuidando enfermos sin comer nada y sin dormir.

Al principio su madre y hermanas se alarmaron y lo mismo el párroco, obligándole a comer algo, pero todo lo vomitaba con grandes sufrimientos, por lo que la dejaron en paz. Esto ocurrió en diferentes ocasiones en los próximos meses y siempre con los mismos resultados penosos. Sin embargo, ella comulgaba todos los días sin tener ninguna molestia.

Un día el padre Serafín le dio a tomar una hostia no consagrada, pero no pudo retenerla y tuvo que vomitarla con mucho dolor.

Los dos días siguientes a la fiesta de la Asunción de 1871, el párroco quiso hacer algunas pruebas y le pidió tomar algunas gotas de café y una hostia sin consagrar, pero todo lo vomitó. Hizo la misma prueba dos meses después con los mismos resultados. Ella le dijo al párroco: *Cuando como, siento que el corazón se enferma y al momento todo lo vomito. Después de estas indigestiones y vómitos, mi cuerpo queda enfermo*⁴⁴.

En enero de 1872 se hizo la experiencia de exigir a Luisa hacer un voto de obediencia para que el padre Niels pudiera hacerle comer y retener algo de alimento sólido. En virtud de este voto de obediencia Dios le permitió que pudiera asimilar y retener algunos bocados de alimento, pero soportaba tales sufrimientos que era incapaz de trabajar. Por ello, el padre Niels la dispensó del voto para que pudiera seguir trabajando normalmente.

El 5 de noviembre de 1873 fue a visitarla a su casa Monseñor Dumont, obispo de Tournai, su diócesis. El obispo había colocado sobre una mesa un vaso

⁴³ Imbert-Gourbeyre, *Les stigmatisées*, vol 1, p. 128.

⁴⁴ Van Looy, o.c., p. 188.

de vidrio con agua. Estando ella en éxtasis, el obispo le dijo: *Toma el vaso y bebe agua*. Ella, inmediatamente, se fue hacia la mesa, de rodillas, y tomo un sorbo de agua, que no vomitó. Pero, cuando fuera del éxtasis, el obispo la obligó a tomar agua de nuevo, le vinieron vómitos y dolores⁴⁵

1. INVESTIGACIÓN MÉDICA

Los fenómenos extraordinarios que sucedían en la vida de Luisa traspasaron las fronteras de Bélgica, viniendo a visitarla de distintos países. La Academia real de medicina de Bélgica tomó cartas en el asunto para poder aclarar si esos fenómenos podían explicarse de modo natural o si había alguna enfermedad que pudiera producir los éxtasis de los viernes y el sangrado de sus llagas, al igual que el poder vivir sin comer sin beber y sin dormir.

Una Comisión de la Academia investigó los hechos durante, al menos un año, y varios médicos acudieron a su casa para investigar directamente los hechos. Algunos de ellos eran ateos y negaban por principio todo lo sobrenatural. Algunos fueron poco delicados en sus palabras y exámenes corporales. Luisa se sometió humildemente por obediencia a la autoridad eclesiástica, pero sufría mucho al ser objeto de la curiosidad o de la malicia de algunos investigadores, como si fuera un objeto vulgar que cualquiera pudiera tocar y examinar.

El punto que más estudiaron fue el de la inedia. El doctor Warlomont afirmó: *Luisa, desde hace tres años, consume naturalmente carbón en su cuerpo y, por tanto, su inedia no es posible a no ser por intervención sobrenatural*⁴⁶.

El doctor Imbert-Gourbeyre declaró: *Desde el 30 de marzo de 1871 hay en Luisa una total ausencia de circulación intestinal. No evacúa ni desechos sólidos ni líquidos*⁴⁷. La última evacuación tuvo lugar a mediados de abril, unos quince días después de haber dejado de comer y beber.

Los médicos hicieron algunos estudios sobre la inedia de Luisa y comprobaron la ausencia total del movimiento de deglución y de circulación digestiva. También comprobaron que su estómago no podía digerir nada, porque no tenía jugos gástricos. El doctor Félix de Backer, el Sábado Santo de 1883, quedó asombrado al ver cómo el tubo digestivo se comportaba de diferente manera ante el alimento ordinario y ante la comunión. La comunión era

⁴⁵ Thiery, vol 2, p. 439.

⁴⁶ Thiery, vol 2, p. 328.

⁴⁷ Thiery, vol 2, p. 420.

absorbida sin que Luisa hiciera ningún movimiento de tragar. Parecía que de las manos del sacerdote iba directamente al estómago. Este mismo médico, comprobó que podía tomar el agua con que el sacerdote se lavaba los dedos en la misa y podía pasarla (con deglución), por ser agua sagrada, mientras que el agua ordinaria o cualquier otro alimento ni podía tragarlo ni podía retenerlo.

El 16 de noviembre de 1874 el doctor Warlomont y el doctor Duwez le hicieron comer quince gramos de pan y treinta de café. A los diez minutos tuvo que vomitarlos con vómitos de sangre que le duraron toda la semana.

Otra constatación sobre la inedia fue observar que el intestino estaba totalmente vacío de líquidos o de aire y estaba pegado a la columna vertebral. El doctor Félix de Backer constató que la columna vertebral de Luisa podía percibirse perfectamente a través de la pared del vientre y, por eso, pudo decir: *Yo he constatado que el tubo digestivo de Luisa no contenía ningún sólido, líquido o gas, lo que se debe al fenómeno de ayuno total. Por eso, concluyo con el doctor Lécrinier que estamos ante la presencia de un hecho inexplicable científicamente*⁴⁸.

El doctor Lefebvre, católico convencido, dedicó mucho tiempo durante algunos años a investigar los hechos extraordinarios que pasaban en la vida de Luisa y quedó convencido de la sobrenaturalidad de ellos, tratando de defender su posición con argumentos científicos ante otros médicos de la Academia que creían poder explicarlos naturalmente sin conseguirlo.

El doctor Lefebvre, el 8 de marzo de 1878, pensando que Luisa iba a morir muy pronto, pues estaba muy débil y decaída, le exigió decir delante de Dios, que la iba a juzgar, si había comido o bebido algo durante los últimos siete años. Ella le respondió: *En presencia de Dios que me va a juzgar y de la muerte que me espera, le aseguro que no he bebido ni comido en estos siete últimos años*⁴⁹.

En cuanto a las llagas, el mismo doctor Lefebvre, el día 27 de noviembre de 1868, hizo el experimento de aplicar amoníaco líquido a la piel de sus manos, no en las llagas, sino en otra parte. No salió ni gota de sangre, mientras que en las llagas estaba corriendo en abundancia. Él observó la herida producida por el amoníaco durante dos horas y media y después la frotó con una tela. La piel quedó ligeramente roja, pero no salió ni un átomo de sangre⁵⁰.

⁴⁸ Thiery, vol 2, p. 434.

⁴⁹ Thiery, vol 2, p. 413.

⁵⁰ Didry-Wallemacq, o.c., pp. 121-122.

El 16 de diciembre de 1868, hizo otro experimento, colocándole guantes de piel, fijados y sellados en el puño. Estos guantes estaban cortados para que pudieran verse los dedos y pudiera trabajar. A uno de los pies le colocó un calcetín bien sellado. Al día siguiente, al comprobar cómo estaban, observó que la sangre corría de las palmas de las manos y corría por los guantes; y lo mismo en los dos pies, a pesar de haber sido colocado el calcetín solamente en el pie izquierdo⁵¹.

El doctor Warlomont acudió a casa de Luisa el 21 de enero de 1875 para hacer un experimento y aclarar científicamente si las llagas eran auténticas o producidas por ella o por otras personas. Estaba acompañado del doctor Duwez de Bruselas. Introdujo el brazo derecho de Luisa enteramente en una especie de cilindro, que sellaron por ambos extremos para que nadie pudiera manipularlo por dentro. El brazo debía estar inmovilizado durante 20 horas.

Al día siguiente, a la hora de terminar la prueba, estaba presente también el doctor Crocq y procedieron a quitar los sellos de seguridad que estaban intactos. La mano tenía costras de sangre coagulada. Con esta prueba, el doctor Warlomont pudo decir públicamente convencido: *Las hemorragias de las llagas son reales y sucedieron espontáneamente sin intervención de actos violentos exteriores*⁵². Por ello el doctor Lefebvre escribió en la “*Revista católica*” de noviembre de 1876: *La estigmatización y los éxtasis de Luisa Lateau son hechos reales sin ningún tipo de fraude. La ciencia no puede dar explicación racional a esos hechos.*

Por fin la Academia Real de Medicina de Bélgica, con algunos votos negativos como los de los doctores Charbonier, Böens, Crocq, confirmó por mayoría el 30 de octubre de 1875 que los fenómenos de las llagas, inedia, etc., no eran de carácter histérico ni debidos a alucinación, sonambulismo o fruto de alguna enfermedad, sino que eran inexplicables para la ciencia, pues no podían ser explicados naturalmente.

Luisa, hasta su muerte, mantuvo esos fenómenos. Estuvo más de doce años viviendo sin comer y sin beber. Sin dormir estuvo más de 15 años. Y lo más extraordinario e imposible de comprender es que podía realizar todos los días los trabajos más duros del hogar sin tomar alimento alguno y a pesar de perder gran cantidad de sangre todos los viernes. ¿De dónde tomaba las fuerzas para seguir viviendo?

⁵¹ Ib. p. 123.

⁵² Thiery, vol 2, p. 342.

g) LEVITACIÓN Y PROFECÍA

Este fenómeno de la levitación o de poder permanecer en el aire en contra de las leyes naturales de la física lo tenía Luisa algunas veces, estando en éxtasis.

El 24 de julio de 1868 a las ocho menos cuarto de la mañana, Luisa entró en éxtasis y se observó que, durante el éxtasis apenas tocaba la silla donde se sentaba. Este hecho se renovó varias veces durante el éxtasis. A las tres y cuarto de la tarde solamente el extremo del pie derecho tocaba el pequeño banquito donde colocaba sus pies, el resto del cuerpo estaba suspendido en el aire, mientras Luisa tenía los ojos dirigidos hacia lo alto, como para decir que ella estaba ocupada en Dios⁵³.

El 31 de julio de 1868, estando en éxtasis a las seis y cuarenta y cinco minutos de la tarde, se elevó en el aire durante diez minutos, tocando apenas el suelo con la punta de sus pies. Su éxtasis duró ese día doce horas y tres cuartos... El 20 de marzo de 1869, un eclesiástico presente afirmó haber visto a Luisa, en éxtasis, extenderse en su lecho y elevar todo su cuerpo a la altura de 35 cms., tocando un poco la cama con los pies... El 10 de diciembre de 1869, el padre jesuita Jean Cranen asistió al éxtasis y, mientras se cantaba un canto litúrgico, Luisa se elevó como si hubiera sido levantada por una fuerza invisible⁵⁴.

Un día, mientras cantaban el canto *Stabat mater*, Luisa se elevó de la tierra en posición paralela al suelo. Su cabeza estaba a unos 80 cms. del suelo y sus pies estaban a una altura de 30 cms.⁵⁵.

El 19 de julio de 1877 Monseñor Gaspar Borges, obispo de Detroit, le mostró su cruz pectoral que ella tomó con fuerza entre sus dedos. Al ir a quitársela, tirando de la cadena, Luisa se elevó a lo alto como si fuera una pluma⁵⁶.

El padre Ducoulombier declaró que Luisa se elevó de la tierra un día en que le reveló a un religioso indiscreto ciertos puntos de conciencia que debía examinar, dándole a conocer que él dejaría su Orden como de hecho sucedió⁵⁷.

⁵³ Thiery, vol 2, p. 539.

⁵⁴ Thiery, vol 2, pp. 540-542.

⁵⁵ Thiery, vol 2, p. 559.

⁵⁶ Didry-Wallemacq, o.c., p. 52.

⁵⁷ Thiery, vol 2, p. 554.

En cuanto al don de profecía, don Guéranger, abad benedictino de Solesmes, declaró que durante un éxtasis Luisa le respondió a algunas cuestiones que le propuso y que suponían el conocimiento de acontecimientos que sólo Dios pudo haberle revelado. Al padre Bourgaux, párroco de Marbaix, que estaba agonizando, le hizo saber que no moriría de aquella enfermedad. El padre Bourgaux quedó muy impresionado, cuando se cumplió la profecía contra toda esperanza. Y aún fue más sorprendido, cuando Luisa le aseguró que su sobrino, un joven sacerdote, moriría ese mismo año, lo que sucedió efectivamente, a pesar de estar en ese momento con buena salud⁵⁸.

Luisa murió el día 25 de agosto de 1883, día de san Luis IX, rey de Francia. Dijo: *Hoy mismo mi patrono me recibirá en el paraíso con un ramo de flores*⁵⁹.

LA COMUNIÓN

Era la fuerza de su vida diaria. Sin ella no hubiera podido vivir. Jesús presente en este sacramento le daba fuerzas para trabajar normalmente, aunque ella se sentía un poco más débil según pasaban las horas de una comunión a otra. En la comunión recibía la sangre de Cristo para reponer la sangre que perdía en abundancia cada viernes. Este hecho es algo maravilloso y milagroso que no puede explicarse sin intervención especial de Dios.

Ella le decía al padre Serafín que por las mañanas, cuando iba a la iglesia a comulgar, se sentía débil y como agotada, pero al regresar estaba ágil y fuerte como si estuviera bien nutrida. Los viernes, que normalmente no comulgaba por no poder ir a misa a la iglesia, se sentía más débil y sufría más que los días en que recibía la comunión.

Un día el padre Serafín, de acuerdo con el párroco, decidió dejarla algunos días sin comulgar a ver qué pasaba. El 17 de julio de 1871 le anunció que al día siguiente no habría misa en el pueblo y que podía ir a misa a Fayt, pero sin comulgar. Ella obedeció. Ese día 18, por la tarde, el párroco fue a visitarla y la encontró cosiendo, pero muy pálida. Se le veía que sufría.

Ella le dijo que por la mañana, después de la misa en Fayt donde no comulgó, apenas pudo regresar a su casa por la debilidad que sentía. Su deseo de comulgar aumentaba su debilidad hasta el punto que no podía en esos momentos

⁵⁸ Didry-Wallemacq, o.c., p. 194.

⁵⁹ Thiery, vol 3, p. 81.

coser a máquina y lo hacía despacito a mano. Al día siguiente, fue a la iglesia del pueblo a la misa, pero contra su costumbre tuvo que sentarse inmediatamente por su estado de debilidad. El párroco tuvo compasión al verla en aquel estado y le permitió comulgar. Después de la misa, la llamó a la sacristía y pudo constatar que estaba llena de vida, había desaparecido su palidez y estaba con la cara roja. Ella le dijo: *Ahora estoy bien, no siento ninguna debilidad ni sufrimiento.* Normalmente, todos los días por la mañana, al comulgar, estaba llena de vida. Por la tarde sus fuerzas comenzaban a declinar hasta que recobraba fuerzas al comulgar por la mañana del día siguiente.

Ella reconocía que, después de comulgar, iba a su lugar sin darse cuenta de lo que hacía, pues estaba totalmente inmersa en Dios en éxtasis, de modo que, a partir de la comunión, ya no se daba cuenta de lo que seguía de la misa. Normalmente sus éxtasis, después de la comunión, duraban una media hora (a veces dos horas) hasta que desaparecían las especies eucarísticas de su cuerpo.

Al preguntarle cómo sentía que desaparecían las santas especies respondió que eso lo sentía de golpe y que, en ese momento, se sentía morir como si su cuerpo fuera a desfallecer o a desgarrarse por el cambio brusco entre estar inmersa en Dios y volver a la vida ordinaria. Era como sentir un vacío inmenso.

Al comulgar, en un instante, su figura se iluminaba por rayos celestes y parecía un ángel de Dios. Se convertía en un sagrario viviente de Dios y estaba inmóvil y paralizada, sin sentir ninguna sensación del exterior, a no ser cuando la llamaban en virtud de la obediencia sus legítimos superiores.

El padre Serafín, con el permiso del obispo, quiso verificar la autenticidad del don de la hierognosis en Luisa y quiso llevarle la comunión el Viernes Santo, día en que en aquel tiempo no comulgaban los fieles. Él llegó a la casa sin ningún acompañamiento ni solemnidad. Los demás días le llevaban la comunión con procesión solemne y tocando la campanilla. Se presentó en la casa y dijo las oraciones en voz muy baja para que ella no las pudiera oír.

Cuando el padre Serafín pasó por la puerta exterior de su casa, Luisa, sentada en éxtasis, manifestó una alegría inusitada y se arrodilló de inmediato. Entonces, el padre Serafín recogió una hostia sin consagrar y dejó la hostia consagrada sobre la mesita de una habitación contigua y entró en la habitación de Luisa como para darle la comunión, pero Luisa no hizo el menor movimiento y sonrió débilmente, cuando el padre se le acercó, pues ella siempre sonreía ante los dedos consagrados de los sacerdotes, aun cuando le presentaran cosas no benditas.

Entonces, el padre Serafín fue a recoger la hostia consagrada y, al llegar a la puerta de su habitación, recitando las oraciones en voz muy baja, Luisa, con una sonrisa angelical, se estremeció con una alegría desbordante. Levantó sus brazos hacia Jesús, como si quisiera tomarlo con sus manos, y de rodillas avanzó hacia el sacerdote que tenía la hostia elevada entre sus dedos. Después abrió la boca y, al recibir la hostia, quedó en adoración mística hasta que las especies sacramentales desaparecieron de su cuerpo y volvió en sí⁶⁰.

El 12 de agosto de 1869 llegó a casa de Luisa el padre Niels, que había visitado a un enfermo para darle los últimos sacramentos. Monseñor Herbonnez, obispo francés de Columbia británica, recibió del padre Niels el portaviáticos donde había llevado la comunión al enfermo. Al momento de recibirlo, Luisa se puso de rodillas, estando en éxtasis, mirando la cajita. Ella seguía adonde llevaban la cajita, estando de rodillas en adoración. Así fue hasta el medio de la habitación, siempre con una hermosa sonrisa.

Pensaron que la gran atracción que sentía hacia el portaviáticos pudiera deberse a que el portaviáticos tenía alguna partícula de hostia consagrada, donde estaba realmente Jesús. Miraron, y realmente había una partícula de hostia consagrada como habían supuesto⁶¹.

Cuando estaba en éxtasis después de la comunión, recibía tal fuerza sobrenatural que hasta podía tomar alimento natural sin rechazarlo. El padre Ducoulombier hizo la siguiente experiencia el 25 de agosto de 1877: *Cinco minutos después de haberle dado la comunión y, estando en éxtasis, la llamé y volvió en sí; le pedí que bebiera un poco de agua natural. Ella bebió y después volvió al éxtasis sin haber manifestado ningún signo de anormalidad. Cuando regresó del éxtasis, después de 31 minutos, tampoco sintió ningún deseo de expulsar el agua bebida. Eso prueba que su organismo, después de comulgar, gozaba de un maravilloso privilegio de insensibilidad: podía beber el agua por obediencia y el líquido desaparecía del organismo sin dejar huella y sin ser evacuado. Esa desaparición es un misterio de Dios, fruto de la obediencia y del poder sobrenatural de la comunión sobre el cuerpo humano*⁶².

Luisa, además de recibir fuerza vital con la comunión de cada día, también sentía fortaleza al confesarse, lo que hacía dos veces por semana. Igualmente, las bendiciones de los sacerdotes la fortalecían y, por ello, pedía constantemente que la bendijeran, poniéndose de rodillas para recibir la bendición.

⁶⁰ Thiery, vol 2, pp. 316-318.

⁶¹ Thiery, vol 2, pp. 314-315.

⁶² Thiery, o.c., p. 446.

SU MUERTE

Desde el 5 de enero de 1879 hasta su muerte en 1883 hubo de guardar cama y dejó de trabajar. Los sufrimientos de Luisa se incrementaron en enero de 1883. Estaba en cama casi inmóvil y en agonía casi permanente. El 19 de enero casi no veía ni hablaba. A partir del 7 de febrero mejoró un poco y veía un poco, de tiempo en tiempo, y hablaba en voz baja. Ella quería morir, pero necesitaba el permiso de sus Superiores. El 23 de enero de 1874 Nuestro Señor le había advertido en éxtasis que ella moriría por obediencia. Por ello, en 1883 escribió al Papa León XIII para pedirle permiso para morir y que le retirara la orden de vivir que le había dado el 28 de febrero de 1878 para que orara por él. León XIII contestó que le retiraba la orden de seguir viviendo y que esperaba sus oraciones desde el cielo como las había tenido en la tierra.

Con este permiso, estaba lista para morir. El 25 de agosto, fiesta de su patrono san Luis IX, rey de Francia, Luisa dejó este mundo a las seis y media de la mañana en el momento en que el sacerdote se preparaba para llevarle la comunión a su casa. Luisa, según los testigos, murió pronunciando el nombre de Jesús y de María. La víspera había recibido la unción de los enfermos.

En el momento en que Nuestro Señor se llevaba a Luisa al cielo, otra alma víctima, María Julia Jahenny, de Nantes (Francia), recibía la visita de Jesús, que le decía que ella tomaba el puesto de Luisa como alma víctima.

La noticia de su muerte se extendió rápidamente por todas partes. Los funerales tuvieron lugar el 28 de agosto. La familia no quiso hacer nada extraordinario y todo fue muy sencillo. Asistieron unas 5.000 personas. Llevaron sus restos en procesión el kilómetro que había de su casa a la iglesia. Durante el trayecto al cementerio todos querían tocar el féretro con rosarios y otros objetos para tenerlos como reliquias, y todos le pedían a Dios gracias por su intercesión, considerándola una santa.

A sus funerales asistió el padre Stéphane, vicario de La Louvière y más tarde decano de la catedral de Colonia. Tenía una grave hemoptisis y, al terminar los oficios, se encontró totalmente curado, atribuyendo esta curación instantánea a Luisa y dando testimonio de este milagro por todas partes.

Treinta sacerdotes asistieron a los oficios fúnebres. Los restos de Luisa fueron colocados, según su voluntad, en el cementerio junto a la tumba de su madre. Desde entonces la tumba de Luisa ha sido objeto de veneración. Siempre

hay gente que va rezar ante su tumba para pedir gracias y bendiciones a Dios por su intercesión. Muchos certifican haber recibido gracias extraordinarias. Especialmente su intervención milagrosa se manifestó en la guerra de 1914-1918 en la que milagrosamente el pueblo de Bois-D'Haine fue librado de actos violentos. No hubo ni un solo muerto en ese pueblo.

En junio de 1888, María Agnese, una religiosa de Perusa (Italia), que había conocido de cerca a Luisa, fue atacada por una fiebre muy alta. Durante algunos días, su único alivio era tener hielo en la cabeza que parecía estar llena de fuego. Los tres médicos que la atendieron consideraron el caso como perdido y pidieron que le dieran la unción de los enfermos. La religiosa mandó traer un retrato de Luisa, una tela manchada con su sangre y unas flores de su tumba. Las colocó en lugar del pedazo de hielo y se curó casi instantáneamente. El Papa León XIII, que conocía a esta religiosa, la hizo venir al Vaticano y la felicitó. El 26 de julio de 1888 María Agnese estaba agradeciendo el milagro en la misma tumba de Luisa para gloria de Dios⁶³.

⁶³ Didry-Wallemaq, o.c., p. 277.

REFLEXIONES

La vida de Luisa Lateau, alma víctima, entregada totalmente a Dios para reparar por los pecados de los hombres y conseguir la salvación de los pecadores y de las almas del purgatorio es una maravilla de Dios. Hemos analizado cómo vivió más de doce años sin comer ni beber y más de quince sin dormir. Y, sin embargo, vivía y trabajaba normalmente en las rudas tareas del hogar, a pesar de perder mucha sangre los viernes al revivir la Pasión.

Los mismos médicos constataron científicamente que su estómago no tenía jugos gástricos y no podía hacer la digestión y, a pesar de ello, recibía la comunión diaria como si fuera absorbida milagrosamente por su cuerpo. Cuando la hostia estaba a varios centímetros de distancia de su boca, parecía ser absorbida milagrosamente.

También constataron los médicos que no podía deglutir por lo que no podía comer ni beber por su cuenta. No tenía circulación intestinal y no tenía evacuación de desechos de ninguna clase. Sus intestinos estaban totalmente vacíos de líquidos o sólidos o gases, y estaban pegados a la columna vertebral.

Algo interesante y sorprendente era que durante los éxtasis, como comprobó el doctor Lefebvre, mientras su pulso se elevaba de 90 a 130 pulsaciones, la respiración bajaba de 18 a 10 por minuto.

Y todos, médicos y no médicos, se quedaban impresionados ante los movimientos que realizaba durante los éxtasis. Hacía movimientos bruscos a toda velocidad de sentarse o ponerse de rodillas o caer al suelo como un peso muerto y nunca tuvo heridas o contusiones.

Durante muchos minutos estaba en posiciones corporales fuera de todo equilibrio y en contra de todas las leyes físicas. Incluso, en ocasiones, se quedaba totalmente en el aire o totalmente inclinada hacia adelante fuera del punto de sustentación.

Algo que llamó la atención al doctor Schwan era que obedecía, estando en éxtasis, a las personas eclesiásticas o seculares que tenían delegación del obispo, para hacerla regresar del éxtasis y esto, aun cuando ella no supiera quién tenía esa delegación.

También era asombroso su don de hierognosis para poder distinguir con total claridad lo que era bendecido por un sacerdote de lo que no lo era. Con este don, Dios manifestaba a todos el gran poder sobrenatural del sacerdocio y el

CONCLUSIÓN

Después de haber visto los fenómenos maravillosos que Dios manifestó en la vida de su sierva Luisa Lateau, podemos decir que Dios es maravilloso en sus santos. ¿Cómo comprender humanamente que alguien pueda vivir durante años sin dormir, sin comer, sin beber y estar trabajando como cualquier persona normal? ¿Cómo entender que todos los viernes, cuando revivía en su cuerpo la Pasión de Cristo, perdiera mucha sangre por las llagas y la recuperara sin comer ni beber?

En su vida se manifestó con toda claridad el poder de la eucaristía como alimento para el cuerpo y para el alma. De modo que la Comisión eclesiástica y la Comisión investigadora de la Academia real de medicina de Bélgica debieron reconocer que estos fenómenos extraordinarios no podían explicarse por causas naturales.

Su vida fue una entrega continua a Dios por la oración y el sufrimiento, como reparación por los pecados cometidos en el mundo entero. Fue una víctima de amor del Corazón de Jesús, que se le presentaba muchas veces con el Corazón ardiendo en llamas de amor por los hombres. También María y algunos santos se le aparecían para animarla en su misión expiadora. Su vida fue un evangelio viviente, una verdadera interpretación de la Sagrada Escritura.

Te deseo lo mejor. Que seas santo. Es mi mejor deseo para ti. Saludos de mi ángel y saludos a tu ángel.

Tu hermano y amigo del Perú.
P. Ángel Peña O.A.R.
Parroquia La Caridad
Pueblo Libre - Lima - Perú
Teléfono 00(511)4615894

&&&&&&&&&&&

Pueden leer todos los libros del autor en
www.libroscatolicos.org

